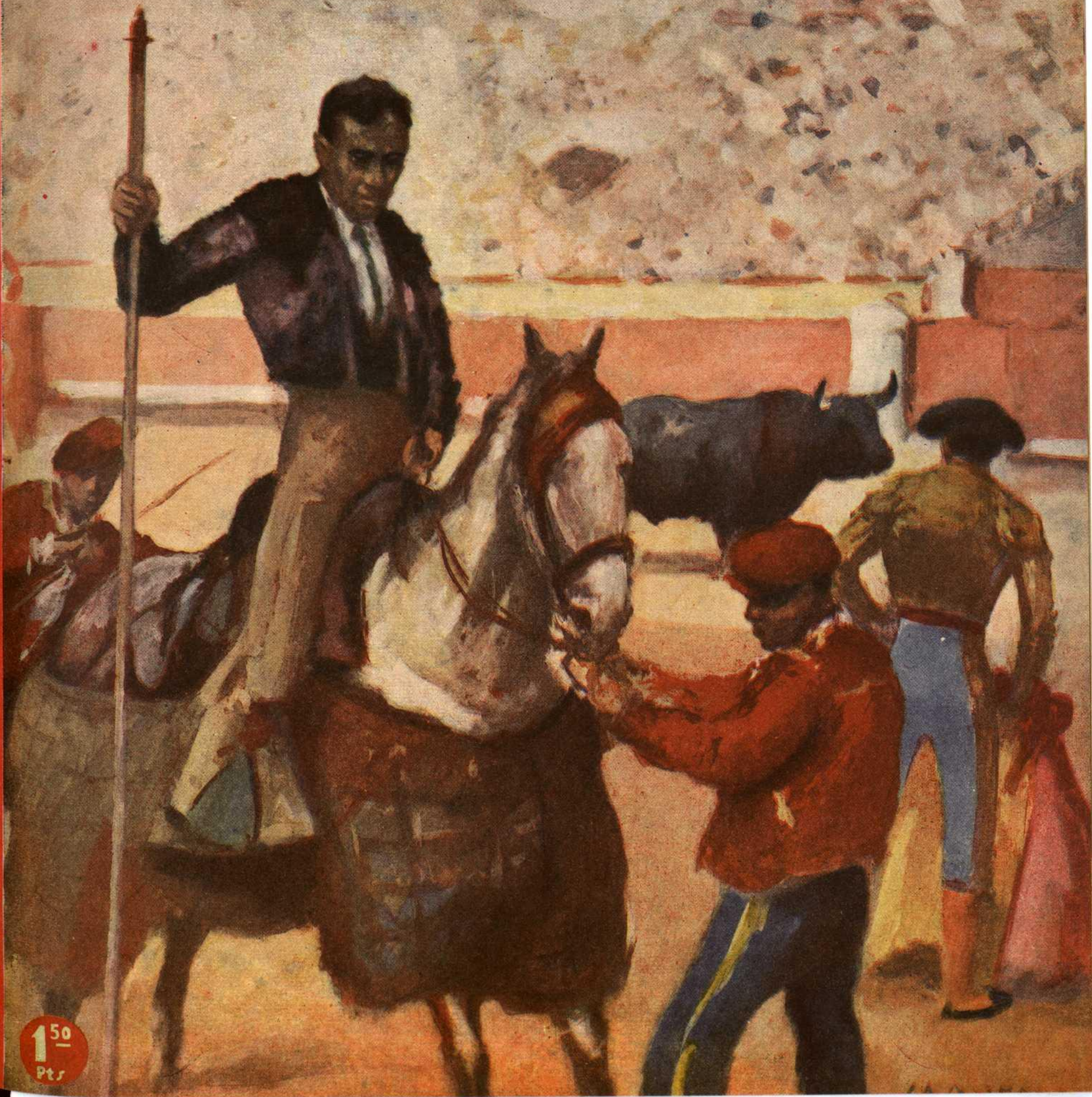
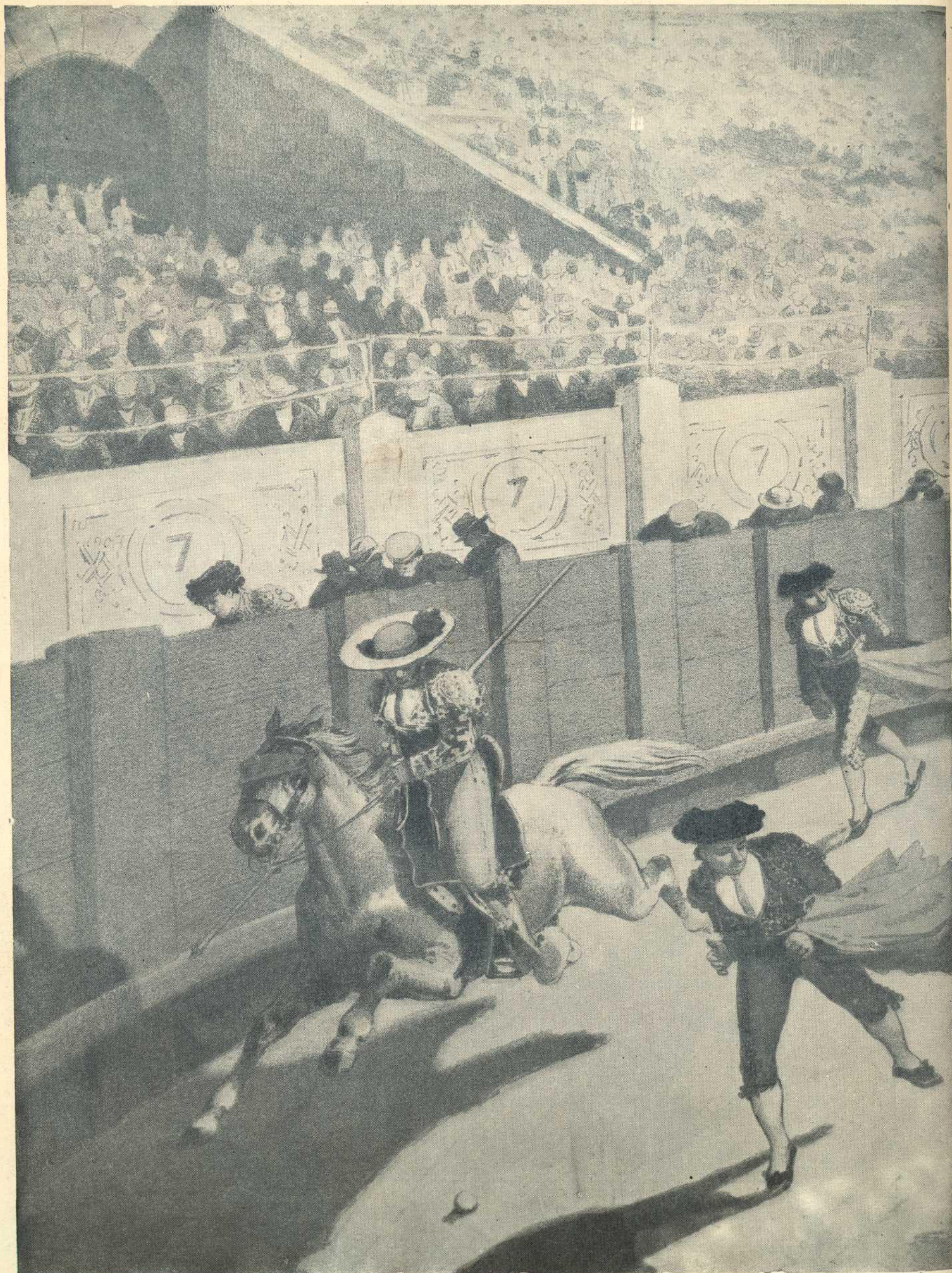


El Ruedo



1⁵⁰
Pts



En busca del toro
(Dibujo de Lizcano)

El Ruedo

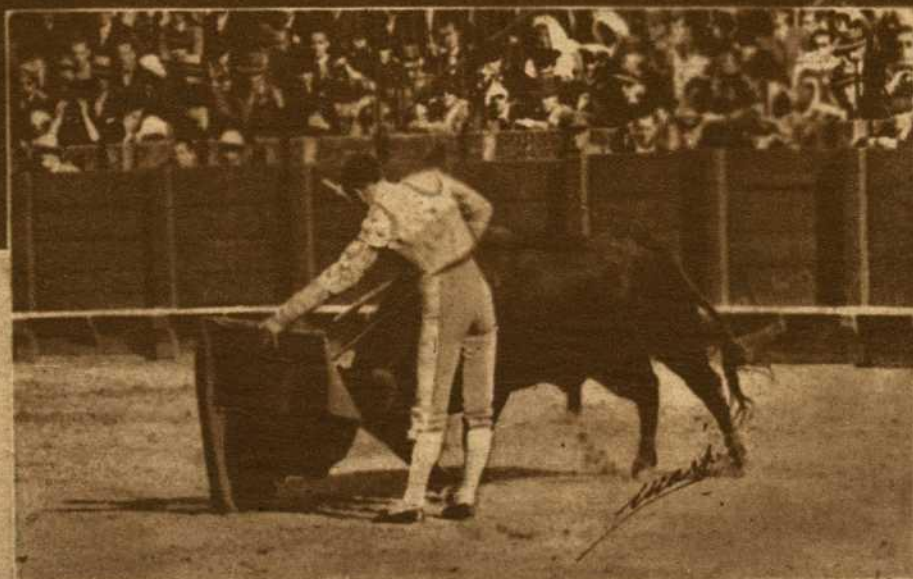


Festival en Lora del Río

Pepe, Angel Luis y Juanito Bienvenida, que tomaron parte en la benéfica fiesta taurina
(Fot. Mori)



La muleta prodigiosa de PEPE LUIS VÁZQUEZ

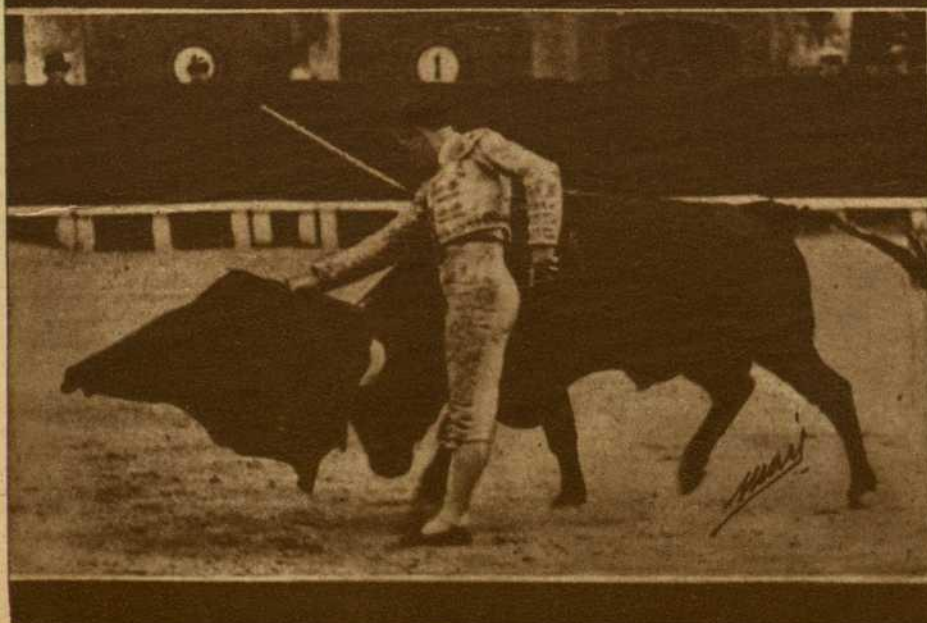


En estas cuatro fotografías del torero de San Bernardo se condensa la calidad maravillosa de su muleta de prodigio.

Temple, dominio y suavidad en la ejecución de ese natural suave y mandón.

Nervio y clase en esos dos rodillazos que funden la emoción y la maestría en brillante conjunción reservada a las más altas figuras del toreo.

Y como digno remate del dominio y de la emoción, en ese pase por la derecha se reafirma la gracia de Pepe Luis Vázquez, el de la muleta de seda, esencia, presencia y potencia del arte del toreo, que lejos de España, en tierras de Méjico, triunfa ahora entre esplendores de aclamaciones.





El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -:- Madrid, 24 de enero de 1945 -:- Núm. 33

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Hoy como ayer, y mañana como hoy, hasta que podamos entregarnos a la fiesta por entero, no hay otro remedio que ir sobando y resobando los mismos temas. El toro chico o el medio toro se lleva —como siempre— toda la tinta de nuestras plumas para las más encendidas diatribas. No queremos, no debemos tolerar el toro chico; pero como podemos, o lo toleramos, o ¿qué remedio?

Al hablar así, en plural, me estoy refiriendo a mis compañeros y a mí mismo, naturalmente, porque se nos achacan con frecuencia culpas de las que estimo que no somos responsables. Y, entre

otras, esta calamidad del toro chico, que padecemos precisamente ahora que hay toreros grandes. Sí, señores; toreros grandes, inmensos, con una extraordinaria superioridad sobre los de otros tiempos pasados; pero, ¡con unos toros tan pequeños!...

Los críticos y los escritores taurinos no podemos, como dijo muy bien "Clarito" en el último número de EL RUEDO, no podemos nada, absolutamente nada. Todo el unánime vocerío de nuestras plumas se estrella contra los auténticos responsables, que no he de señalar, una vez más, en este mismo tercio de EL RUEDO por no parecer machacón.

Siguiendo el interesante artículo de "Clarito", que es aun, más que un excelente escritor taurino, un aficionado absoluto, dice que a todo lo que la crítica podría llegar —tal y como dije aquí un día recogiendo una sugerencia de "Chavito"—sería a silenciar aquellas corridas cuyos toros no hubiesen alcanzado el peso mínimo que marcan las disposiciones vigentes. Pero duda "Clarito" de la eficacia de esta actitud, porque presiente que, al igual que en la última temporada, los públicos se enardecerán ante una faena cumbre, aunque esté realizada con un oñoto, y puede que tenga razón.

Propone entonces —nos propone a cuantos ejercemos una función crítica taurina— que nos produzcamos sistemáticamente en contra de lo que él llama "medio toro". Es decir, que ya que no está en nuestras manos remediar el medio toro, intentemos siquiera evitar que con el medio toro se realice el medio toro, que es el toro chico, el sustitutivo del toro grande, el camelo del toro.

Porque si estamos hartos de ver estampas de los viejos tiempos de "La Lidia" en las que se nos representan lances de mero adorno en los que aparecen los diestros de entonces tranquilamente acostados o incómodamente arrodillados ante el toro, también de entonces, no debemos ver, sin caer nos de risa, cómo con un medio toro de los de ahora se acoda un diestro en el testuz como si estuviera hablando por teléfono con un cuerno. Lo menos que podemos exigir son —copio a "Clarito"— "toreros de mano izquierda— y de lado izquierdo— en plan de pasarse a los toretes por la parte más noble, por el pecho...".

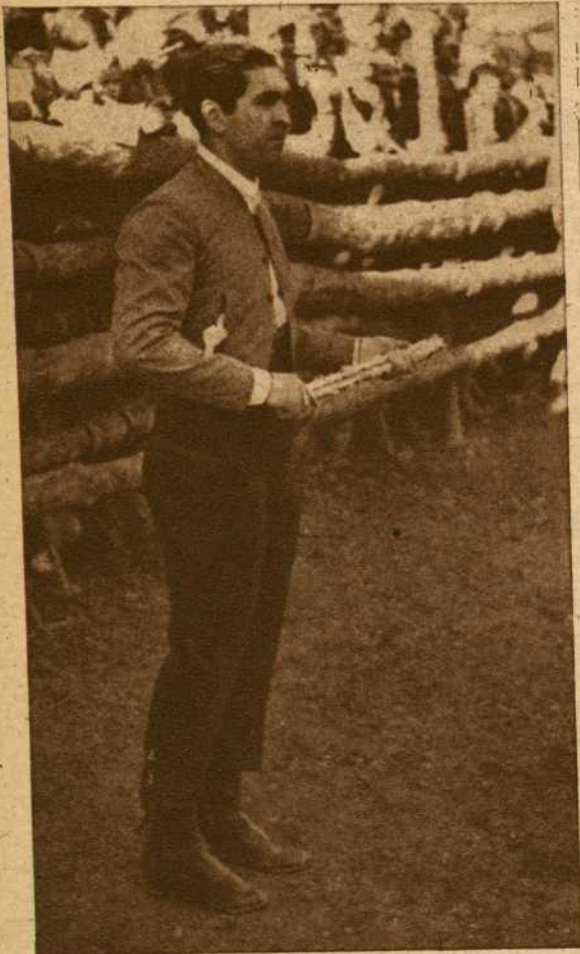
Este es el único campo, en efecto, en el que podemos librar una batalla con ciertas posibilidades de influencia en el público y, por tanto, de éxito. "Clarito", como siempre, tiene razón. Ya que nos hacen tragar el medio toro, no transijamos con el medio toro.

El consejo está, además, dado en un instante muy oportuno, porque van a llegar pronto, muy pronto, los más brillantes sostenedores y, a veces, creadores del medio toro: los mejicanos.



EN ESTE NUMERO
ALBAICIN habla para EL RUEDO
(Información en las págs. 16 y 17) (Fot. Zarco)

Festival en Lora del Río



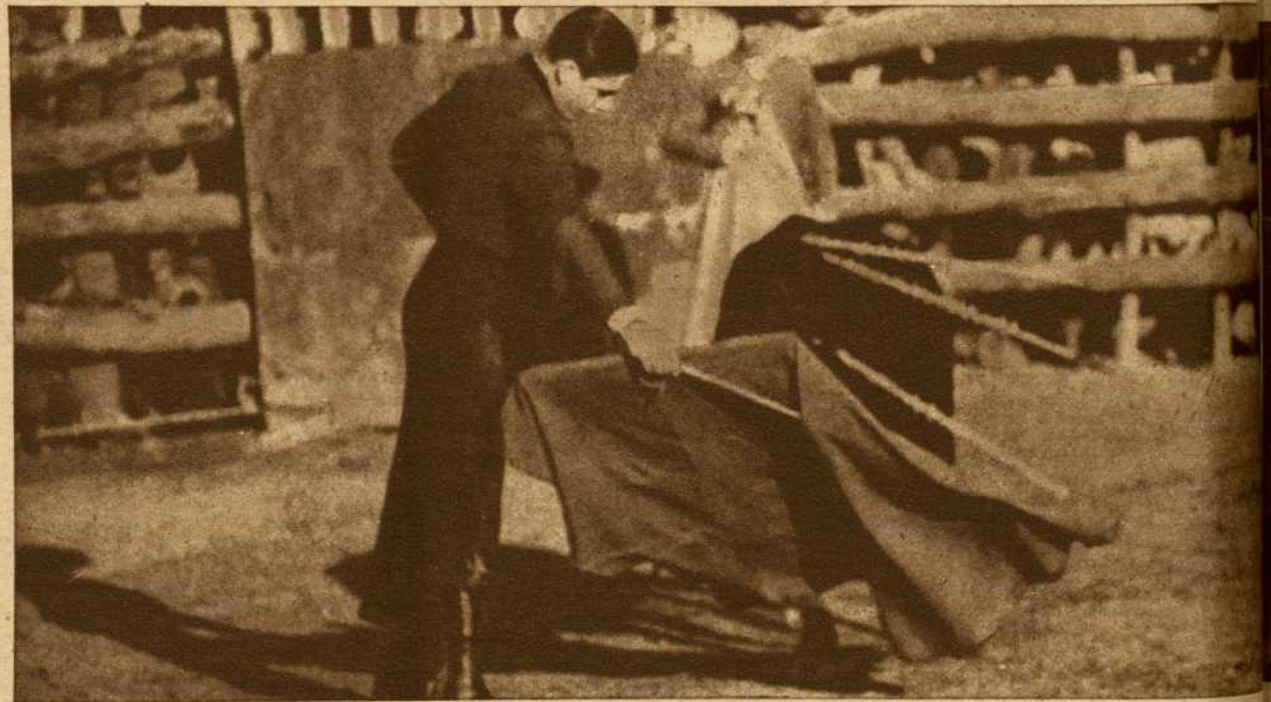
Pepe Bienvenida, que actuó en el festival, coge los palos para banderillar uno de los becerros



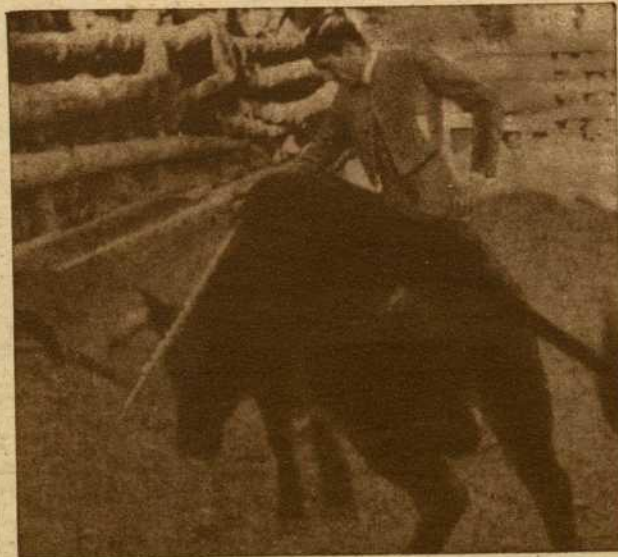
Después de la faena, plena de éxito, Pepe Bienvenida corresponde a las aclamaciones con los trofeos logrados en su toro



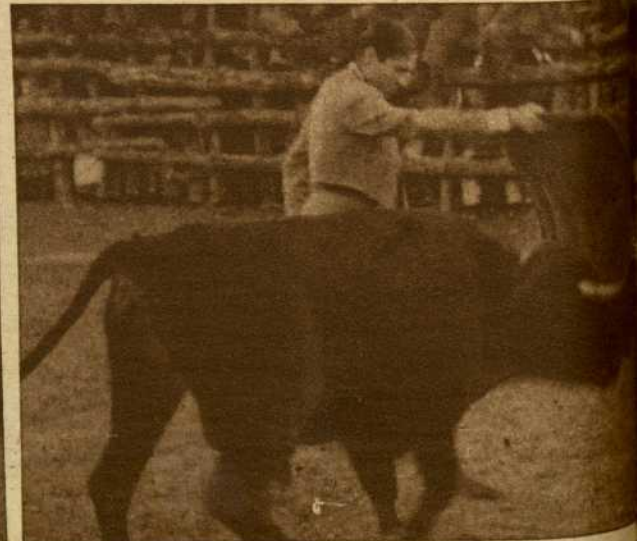
Un pase con la derecha de Pepe Bienvenida durante el festival celebrado en Lora del Río, alternando con hermanos Angel Luis y Juanito



Juanito Bienvenida, último de la dinastía de esta familia de diestros, con la muleta en la mano derecha hace un pase



Angel Luis Bienvenida, pegado a las tablas, hace una lucida faena de muleta



Un pase por alto, con la derecha, de Angel Luis Bienvenida en el festival taurino de Lora del Río

Pepe, Angel Luis y Juanito Bienvenida



Bellísimas señoritas de Lora del Río, que presidieron el festival taurino en el que actuaron los hermanos Bienvenida



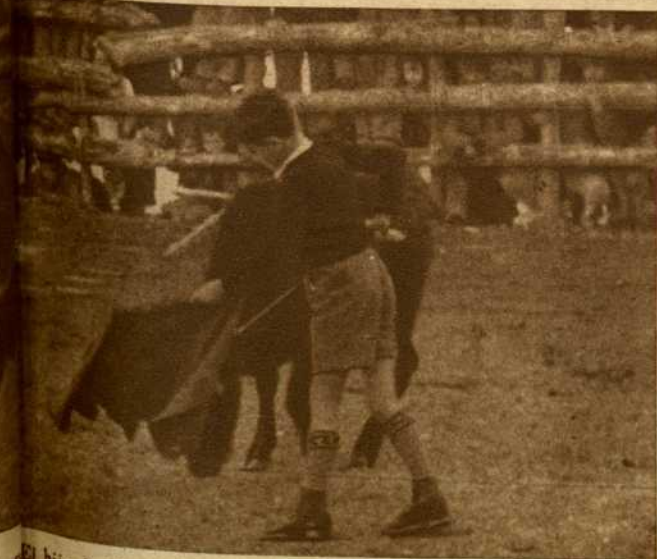
Angel Luis muestra el rabo que ha cortado al becerro que toreó en Lora, correspondiendo a los aplausos de los aficionados



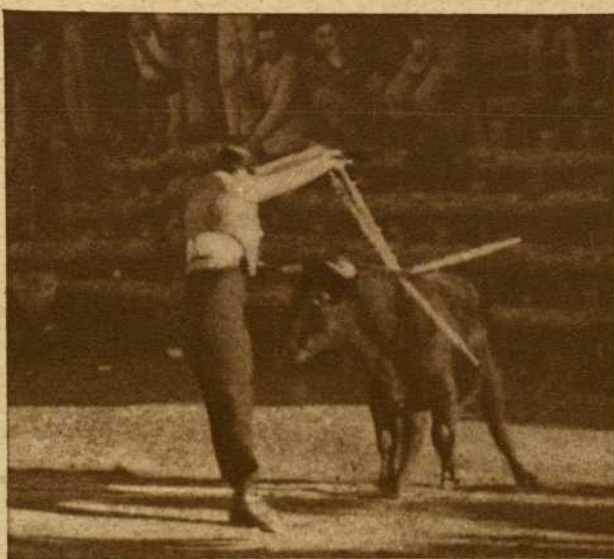
Los tres hermanos Bienvenida, Juanito, Angel, Luis y Pepe, en el coche que los condujo a la Plaza de Lora del Río



El pequeño Bienvenida con el atuendo campero y que con sus hermanos Angel Luis y Pepe toreó en este festival



El hijo de Rubichi, que también participó en el festival, torea con la muleta en la izquierda



Un perfecto par de banderillas colocado por el mayor de los Bienvenida



El conocido banderillero Rubichi, con su hijo, que por vez primera mató un becerro en Lora del Río (Fots. Marí.)

Doce matadores de toros aragoneses ha habido en lo que va de siglo

Florentino Ballesteros, Nacional II, Gitanillo de Ricla y Nicanor Villalta han sido los cuatro ases de la baraja baturra



Florentino Ballesteros



Nicanor Villalta

ARAGON ocupa el cuarto lugar como vivero de matadores de toros en lo que va de siglo, ya que durante estos cuarenta y cuatro años transcurridos han sido doce los matadores con alternativa que ha habido.

El toreo aragonés se ha caracterizado siempre, a través de sus más genuinos representantes, por su reciedumbre, por su valor y por el pundonor.

El torero aragonés ha poseído también siempre una cualidad digna de la mayor estima: su tenacidad, ese afán constante de superación en los ruedos, ese pelear en todo momento —en la Plaza, con el toro y con sus compañeros de terna— para no dejarse ganar la pelea. Recuerden los aficionados de ayer y de hoy, por no citar sino tres ejemplos, aquellas temporadas de Nacional II, Gitanillo de Ricla y Villalta. Eran los tiempos en que los toreros baturros no se dejaban “bañar” por nadie; los que daban de sí todo lo que tenían, que no era

poco; los que nunca se “tapaban”, so pretexto de que el toro no reuniera unas condiciones de lidia muy pastueña e inofensiva. Ninguno de ellos era torero-estilista —y conste que en sus tiempos ya empezaban éstos a “estilarse”—; pero ninguno de ellos tampoco carecía de ese arte común siempre a todos los buenos toreros, y que puede resumirse en muy pocas palabras: torear, primeramente, para el toro; después, para ellos mismos, y, finalmente, para el público. Y sin preciosismos —el arte de los toreros aragoneses ha sido más bien seco, recio, tajante y lleno de una intensa emoción— supo captarse los aplausos más intensos y cálidos de los aficionados.

Hay otro signo, también muy peculiar en los toreros baturros, que no queremos soslayar, y que creemos que es una consecuencia de ese valor irrompible que siempre pusieron en liza, y que no es otro sino el derramamiento pródigo de su sangre. De sangre aragonesa está tinta la arena de casi todos los coscos taurinos españoles. Y para corroboración de ello, ahí van unas muestras.

Florentino Ballesteros —el mejor torero aragonés, muerto prematuramente en Madrid— fue muy castigado por los toros en su breve vida taurina. El mismo toro de su alternativa, celebrada en Madrid, le infirió una herida que le imposibilitó para despacharlo. Esa misma temporada —Florentino tomó la alternativa el año 1916—, un toro de Urcola le produjo una gravísima cogida en Morón de la Frontera, que le retuvo cuatro meses en la cama luchando entre la vida y la muerte. Y al año siguiente, cuando todavía no se encontraba totalmente restablecido de aquella cornada, el 23 de abril de 1917, en la Plaza de Madrid, el toro Cocinero, de Gamero Cívico, le infirió una tremenda cornada en el pecho que le produjo la muerte al día siguiente.

Los hermanos Ricardo y Juan Anlló (Nacional y Nacional II), el primero de los cuales, entre otras, sufrió dos grandes cornadas: una de ellas en Madrid, en 1918, y la otra en San Sebastián, en 1921, y que merecieron bastante sus facultades; el segundo, entre otros percances, conocido es aquel que le proporcionó la muerte al ser herido de un botellazo en la Plaza de Soria, cuando se encontraba presenciando una corrida, por defender a un compañero suyo.

Recuérdese también aquella tremenda cornada que Nicanor Villalta recibió en Bilbao en 1927, capaz, por su gravedad y consecuencia, para asustar y encoger el ánimo tante desgracia de Gitanillo de Ricla; aque de cualquiera. Recuérdese también la consillas dos cornadas tremebundas sufridas en Madrid el 16 de mayo de 1924 y el 15 del mismo mes de 1927, la última de las cuales le hizo quedar inútil para su profesión.

Vaya, por último, para terminar este trabajo, la relación cronológica de todos los matadores aragoneses habidos en lo que va de siglo.

Joaquín Calero (Calerito). Nació el 17 de agosto de 1866. Tomó la alternativa en Zaragoza el 14 de octubre de 1910. Vicente Pastor le cedió la muerte del toro Vinatero, de Miura.

Florentino Ballesteros. Nació el 12 de enero de 1893. El 13 de abril de 1916 José Lito le dió la alternativa en Madrid, cediéndole la muerte del toro Campanario, de Santa Coloma.

Ricardo Anlló (Nacional). Nació en Calatayud el 23 de febrero de 1891. Tomó la alternativa en Madrid el 19 de mayo de 1919. Gaona le cedió la muerte del toro Callesero, de la Viuda de Salas.

Juan Anlló (Nacional II). Nació en Alhama de Aragón el 11 de enero de 1898. Alcalaño lo doctoró en Oviedo el 23 de septiembre de 1921 al cederle la muerte del toro Fucherito, de Matías Sánchez.

Nicanor Villalta. Nació en Crotas (Teruel) el 10 de diciembre de 1899. Tomó la alternativa en San Sebastián el 6 de agosto de 1922. Luis Freg le cedió la muerte de Capotero, de Bueno.

Braulio Lausín (Gitanillo de Ricla). Nació en Ricla el 20 de enero de 1898. El 10 de agosto de 1922 tomó la alternativa en Santander de manos de Sánchez Mejías, que le cedió el toro Tarifeño, de Sarga.

José Moreno (Morenito de Zaragoza). Nació en 1896. Tomó la alternativa en Calatayud, de manos de Marcial Lalanda, el 9 de octubre de 1923.

José Royo (Lagartito). Nació el 14 de febrero de 1902. Se doctoró en Barcelona el 19 de septiembre de 1926. Valencia II le cedió el toro Fortuno, de Terrones.

Antonio Labredór (Pinturas). Nació el 13 de junio de 1909. El 11 de junio de 1933 le dió la alternativa, en Zaragoza, Fuentes Bejarano, al cederle el toro Buenazo, de Cobaleda.

Florentino Ballesteros. Nació el 3 de septiembre de 1914. Se doctoró en Barcelona el 8 de octubre de 1933. Vicente Barrera le cedió el toro Zagalo, de Alvear del Río.

Zilvino Zafon (Niño de la Estrella). Nació el 5 de mayo de 1908. Tomó la alternativa en Barcelona el 16 de mayo de 1937. Se la dió Pedrucho.

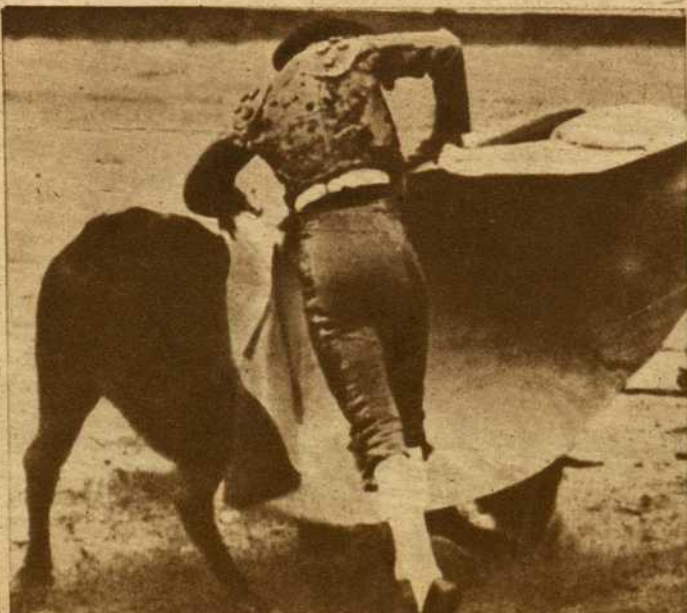
Francisco Céster. Nació el 22 de febrero de 1906. En Zaragoza tomó la alternativa el 15 de mayo de 1940. Se la dió El Estudiante y los toros fueron de La Cova.

LUIS GARCIA NAVAS

Villalta en un pase de pecho



Nacional II en un lance de capa



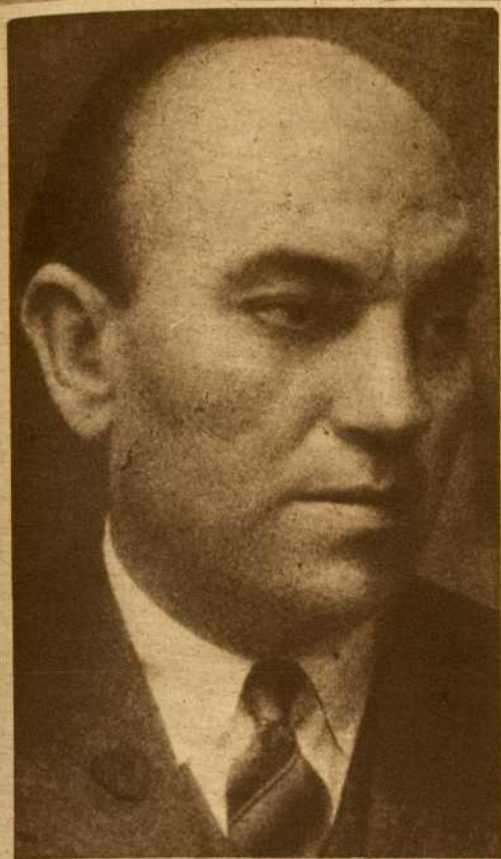
Gitanillo de Ricla en un pase de rodillas en tierra



CARLOS CUADRADO

dice que son muchos los que se creen con derecho a intervenir en los ingresos de los toreros

"Los ganaderos abusan de la benevolencia de quienes pueden intervenir en la presentación, peso y años de sus toros"



Varios momentos de Carlos Cuadrado en su charla para EL RUEDO. (Fots. Manzano.)

MIENTRAS en los anfiteatros taurinos reina el silencio y la soledad, los toreros descansan o se entrenan, al tiempo que sus celosos mentores y representantes, aparentando estar ociosos, brujulean, maniobran, poniendo en juego su estrategia y diplomacia tras la busca y captura de los ansiados contratos.

Uno de los más finos y perspicaces apoderados es este hombre de hercúlea talla y socarrona sonrisa que se llama Carlos Cuadrado.

Formal en sus negocios, excelente aficionado y cultivador del periodismo en otros tiempos, nunca el prestigio de Cuadrado defraudó a cuantos en él depositaron su confianza. Su rara habilidad para el dibujo le permitió ilustrar muchos de sus trabajos periodísticos aparecidos en semanarios taurinos de más o menos larga vida, como *El Eco Taurino*, *The con Leche*, *Tauro*, *Gallito*, *Sol y Sombra*, etc. Fundó un periódico titulado *Los Ases*, donde, entre otras plumas, frecuentaron la colaboración «Don Justo» y Gregorio Corrochano. Más tarde decidió trocar estas actividades por las de apoderado, sin que por esto no alcanzara un brillante puesto en funciones estatales que le permite mirar el porvenir sin inquietudes.

A ciertas horas es fácil hallar a Carlos Cuadrado en la atalaya que él y otros colegas suelen ocupar en determinado café. Allí, entre frecuentes pausas motivadas por la aparición de algún que otro empresario, fui trasladando a las cuartillas las impresiones siempre interesantes de este hombre que lleva veintisiete años dedicando a la fiesta su más entusiasta concurso.

—Vamos a ver, amigo Cuadrado, ¿cuántos toreros ha apoderado usted?

—En mi primera época apoderé al Canario, Juan Arias —un muchacho muy valiente y completo que hoy hubiera sido figura—, Rubichi, Niño de Haro y Ramón Lacruz.

—¿Y desde 1939?

—A Morenito de Talavera, Pedro Barrera, Julián Marín y Miguel del Pino. En la actualidad me ocupo de este último, del Choni, Angelete, Rafael Martín Vázquez, Luis Redondo y Pedro Robredo.

—¿Por qué no decidió probar fortuna como lidiador?

—Ya lo hice en varios festivales y tentaderos; pero como ya era bastante talludito cuando me dió por hacer estas probatinas, tuve el suficiente juicio para no ir adelante.

—¿Concurría usted a alguna escuela taurina?



—Sí, precisamente en una establecida en cierto solar de la calle de Alfonso XII, donde hoy se alza el inmueble habitado por Juan Belmonte.

—¿Recuerda los nombres de algunos discípulos que andando el tiempo conquistaron resonancia en el torero?

—¿Cómo se me van a olvidar, si uno de los que venía a ponerse delante del carretón era el mismo trianero? Allí fomentaron su vocación muchos toreros, como Fortuna, Emilio Méndez, Marcial Lalanda y su primo Pablo, los Nacional, Gavira, Domingo Uriarte... Recuerdo que los Lalanda eran los benjamines de la promoción y hubo que hacerles un carretón más chico, a la medida de sus estaturas.

—¿Quiere decirme sus impresiones acerca del «torito»?

—No tengo inconveniente en decirle que los ganaderos están francamente abusando de la benevolencia de las autoridades, acaso justificada

por la escasez de piensos. Por lo visto, los señores ganaderos no quieren comprender que ese abuso va, no sólo en desprestigio de sus divisas, sino en perjuicio de la fiesta misma.

—Amigo Carlos, estoy cansado de oír hablar entre dientes de los gastos —llamémoslos subterráneos— de los toreros y ardo en deseos de que alguien hable claro y fuerte de este delicado asunto. ¿Quiere usted hacerlo?

—No parece sino que mucha gente tiene derecho a intervenir en los ingresos de los toreros, sin reparar en la arriesgada forma de conseguirlo. Pero este vidrioso asunto «mejor será no meneallo...»

—Pues allá los que tienen que sufrirlo. ¿Supone a la crítica contemporánea más competente que la de otros tiempos?

—En general, sí, y ahora como antes existen críticos que son al mismo tiempo unos magníficos aficionados.

—¿Qué diferencias esenciales existen entre los estilos de torear presentes y pretéritos?

—Nunca torero alguno se paró, aguantó y ciñó a los toros como lo hacen los actuales. Por esto, a mi juicio, el estilo es mejor, con la importancia de que hoy el público exige más que en cualquier otro tiempo. Al valor precisado para torear en terreno inverosímil, se le añade un depurado arte.

—¿Estima usted que «el parón» y «la estatua» podrían hacerse con ganado de mayor cuantía?

—Sí, con las mismas características, en cuanto a construcción y condiciones de lidia. Hace veinte o veinticinco años los toros eran de mayor poder; pero, en cambio, carecían de la bravura que sacan los actuales, fruto de la selección lograda. Recientemente se ha demostrado que este toreo puede hacerse con toros de veintiocho y treinta arrobas.

—¿Cuál es el talismán del éxito para el apoderado?

—La laboriosidad y, sobre todo, un perfecto conocimiento de los toreros que tiene bajo su administración.

—¿Figura usted también entre los partidarios de modificar a suerte de varas?

—No, porque los petos han demostrado humanizar la fiesta y cumplen perfectamente, tal vez mejor que antes, la misión de quebrantar al toro.





EL ALBUM BIOGRAFICO TAURINO, de Ediciones LARRISAL, contendrá cien magníficos retratos, en hucocgrabado, de los cien toreros más interesantes de todas las épocas, con su firma autógrafa casi todas, y, al dorso, una impresión biográfica y crítica del retratado, firmada por «CURRO MELOJA».

El ALBUM llevará, además, unas hojas impresas con las biografías de todos los restantes matadores de toros que han existido desde la más remota antigüedad hasta la fecha, comenada también por «CURRO MELOJA». El ALBUM BIOGRAFICO TAURINO será, pues, UNA HISTORIA COMPLETA DEL TOREO, personalizada en sus protagonistas, los toreros.

Los retratos irán apareciendo por series de cuatro, sin repetir ninguno ni dentro de cada serie ni en ninguna de las sucesivas, y sin sujeción a orden cronológico, para mayor interés de los coleccionistas. El ALBUM llevará una plantilla que servirá de guía para la colocación en el de cada retrato en su sitio correspondiente. A todos los que reúnan los cien retratos, «EDICIONES LARRISAL» les regalará el ALBUM. Quien lo quiera antes de que haya aparecido el centenar de retratos, podrá adquirirlo, por módico precio, solicitándolo de la Editorial.

Ya se ha puesto a la venta en toda España la primera serie, con los retratos de Vicente Pastor, Manuel Granero, «El Estudiante» y Luis Miguel, «Dominguín», y en breve aparecerá la segunda, con los de «Lagartijo el Grande», «Manolete» (padre), Manolito Bienvenida y «Manolete» (hijo). A partir de la segunda serie organizaremos concursos decenales con valiosos premios en metálico, suscripciones a revistas taurinas, etc., etc.

"Ediciones Larrisal"

CALLE MIGUEL MOYA, NUM. 4, TELEFONO 29024, MADRID, servirá a domicilio, para mayor comodidad de los coleccionistas del ALBUM BIOGRAFICO TAURINO y sin aumento de precio, las series según vayan apareciendo, con sólo solicitarlo de "EDICIONES LARRISAL" por correo o teléfono.

DE VENTA EN BUENAS LIBRERIAS Y EN TODOS LOS QUIOSCOS



SIN VISTO BUENO

LAS MONTERAS, EN SU SITIO

Por El CACHETERO



La montera es algo tan importante, que un señor muy conocido, en trance de salpimentar su opinión de que el toreo es un fenómeno inmutable, por mucho que se quiera decir si ha degenerado o no, argüía:

—Ya ven ustedes cómo siempre se ha protestado del abuso del toro chico. Al toreo no hay quien lo mueva. De fin de siglo acá, de Algabeño y Villita a Manolete, lo único que ha variado es que se ha reducido en dos o tres centímetros el vuelo de las monteras. El toreo es conservador y enemigo de revoluciones.

La ocasión era casi solemne y no era cosa de polemizar. Además, bien vista la cosa, no estaba tan descaminada como incompleta la insinuación. Reducción de centímetros en las monteras, de bordados en los pesados trajes de antaño, de años, arrobas y pitones en los toros y de distancia en los terrenos del toreo.

Por contra, aumento de honorarios, precios y demás en el extratereo y todo de una manera suave, paulatina y conservadora, producto de una serie de cabilleos e intereses creados. En todo el desarrollo histórico del toreo de medio siglo, apenas el pleito de los Miuras, el de los mejicanos y el paréntesis impuesto por la guerra, magníficamente aprovechado para forzar la marcha inexorable de reducción del toro, se han salido de la tónica general. Lo peor del caso es que ahora, cuando se contempla el punto de partida, el toreo de la época en que las monteras rebasaban en tres centímetros de las actuales aparece como algo borroso y prehistórico, algo tan parecido a lo actual como el diplodocus a un «caniche» de los que se pasean por la Castellana. Y a las monteras nos volvemos.

Las monteras se llevan mal ahora, de tal forma, que el espada está deseando quitársela con el menor pretexto. Creo que la serie innumerable de brindis en los medios no tiene otra justificación. La toleran en el primer tercio porque no hay otro remedio, y a continuación la dejan al socaire del mozo de estocadas hasta que pueden. Muchos, a ser posible, la dejarían en el hotel. La montera, en sí, es una supervivencia que, por lo que decía el opinante mentado anteriormente, se va reduciendo en centímetros. Antes servía para algunas cosas más, y sobre todas, para ser el obligado cubrecabezas del torero mientras una suerte no tenía una dedicación especial, ya que en tal caso el brindis exigía el destoco y el arrojar en prenda la montera. Fuera de ello y del obligado saludo presidencial, el espada estaba con su montera puesta, cosa que venía a reflejar visualmente que la lidia y sus suertes tenían un desarrollo normal. Cuando un torero se quitaba la montera, algo más que lo normal podía esperarse allí.

La montera ya no se luce en la lidia, siquiera fuese en el área reducidísima —de pura gallardía— con que asomó en otros tiempos. Ni el rematar un quite poniendo la montera en el testuz, que parece que se llevó para siempre Nicenor Villalta. Ni el recortar un toro en auxilio de suerte —salvemos a algún Bienvenida y a su buen gusto en desempolvar viejas estampas—, ni el tirarla para alegrar al toro tarde en banderillas, ni el destocarse de ella con un cabezazo nervioso antes del viaje. Nada resta del tirarse con ella en mano para ahondar la estocada que quedó mediada. Poca montera hay ahora por las muestras. No es que sea demasiada pérdida; pero, en fin, algo se restó por ese lado.

Y por el que subsiste no se emplea bien. Si admitimos ya que sólo sirva para saludar, bueno será recordar que se están acampechando bastante los saludos toreros. El torero, cuando saluda, es que ha triunfado, y conviene que el triunfo no nos desorbite a todos, porque los he visto que saludan a estilo de pugilista y aun los hay que tiran besos a los tendidos. Yo creo que no estaría de más un criterio que de buena gana incorporaría al Reglamento: que los toreros hubiesen de saludar con la montera en la mano, alzándola en un gesto, mientras la otra sostuviera inexcusablemente el capote de la brega. Ni andar a cuerpo limpio, ni menos exhibir toalla ni adminículos de entrebarrera y aseó.

Una vuelta al ruedo, un saludo en los medios de esta forma, llenan la Plaza de buen estilo taurino que no me duele adjudicárselo a Manolete, muy ortodoxo en tal respecto. Hay en el Cossío, y en su tercer tomo, una serie de fotografías que ilustran la biografía de Joselito. Se inicia y acaba con dos saludos, uno de niño sevillano y otro con aquellas entradas en los parietales de su época última, mientras la letra impresa ya anda en trance de componer la elegía de Gerardo Diego. Dos saludos maravillosamente toreros de aquel torero de maravilla. Con que las monteras se ampliasen y lo uno y lo otro se ampliasen o redujesen a su época, este cronista enterraría el «sin visto bueno» en lo más hondo y para siempre.



LOS MOZOS DE ESPADAS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



NO creo que ningún gran magante del mundo, por muy poderoso que sea, pueda tener nunca a su lado un servidor de las condiciones excepcionales y valiosas de un mozo de espadas. Hablo, claro está, de los verdaderos mozos de espadas,

porque ya sé que en el planeta de los toros abundan los pícaros que a todos los menesteres taurinos llevan su picardía. Un auténtico mozo de espadas es el hombre de confianza del matador y algo más: sus pies y sus manos. Un torero puede prescindir de mucha gente que le rodea en la Plaza y fuera de la Plaza, pero jamás de su mozo de espadas.

La labor de estos hombres es múltiple y complicada. Para precisar bien sus tareas y poder dar impresión de su complejidad y dificultad, hablaremos de los mozos de espadas dividiendo su actuación en varios apartados. Sea el primero el de los viajes. Antes conviene hacer una advertencia. Voy a referirme a los mozos de espadas de toreros de cartel. Ya les llegará su turno a los otros, a los servidores de novillerillos y matadores de escasas corridas. Porque la función de unos y otros, aunque similar en apariencia, es totalmente distinta en su desarrollo e incidencias.

El mozo de espadas es el que dispone y organiza el ajeteo de la cuadrilla. En unos meses un torero recorre muchos miles de kilómetros a lo largo y a lo ancho de España. Viajes precipitados y en ocasiones inesperados. No se da el caso de que falte nada.

Los toreros sólo permanecen horas en las ciudades donde actúan. Llegan por la mañana, en la estación se meten en un coche que los conduce a la fonda, allí se acuestan en seguida, se levantan para vestirse de luces, torea, se desnudan rápidamente y a la estación, al tren. Un torero puede ir durante su vida artística ochenta veces a Valencia, y si se le pregunta por el Miguelote, contesta:

—¿Quién, Miguelote?, si pudiera, ser que me lo hayan presentado, pero no me acuerdo. ¡Conoce uno a tanta gente, que así, sólo por el nombre, no caigo!

El matador viaja en cama. La cuadrilla, en primera. El matador llega cinco minutos antes de la salida del tren, rodeado de amigos. Todo está listo. El mozo de espadas se encuentra al pie del vagón. Ya acomodó a la cuadrilla. Labor delicada. Porque hay banderillero que si no le dan la ventanilla de espaldas a la máquina, dice que aquello es rebajarle de categoría. Pues ¿y los bultos? El equipaje de una cuadrilla hay que llevarlo todo a mano, los vestidos de torear no caben en un pañuelo, abultan tanto como una armadura antigua, y luego los capotes, las muletas, los estoques, los hierros de los picadores, las monteras, ¡qué se yo! Una carretilla abarrotada de bultos de todas clases y formas que hay que colocar en el reducido espacio de las redes de un departamento de seis asientos. Cuando el tren sale de la estación de origen, menos mal, la



—Dos momentos de las obligaciones del mozo de estoques en la Plaza. Todo tiene que estar a punto para cuando el matador precise los trastos de matar. Y el mozo prepara la muleta y limpia los estoques



operación puede realizarse con calma y orden, pero ¿y cuándo hay que cogarlo, por ahí, por un pueblo cualquiera, donde para dos minutos y llega el tren lleno, con gente en los pasillos? Es de ver entonces las dotes de organizador de un mozo de espadas. El es el que dirige la batalla, secundado por la cuadrilla. Nada más parar el tren se produce el asalto, que se realiza en segundos, por la puerta y por las ventanillas. En un santiamén los bultos están todos agrupados donde sea, aunque sea encima de las costillas de algún viajero de buena pasta. E inmediatamente la refriega continúa. El equipaje ya está colocado. Ahora hay que sentarse para dormir un poco, porque al día siguiente se torea en otro sitio. El mozo de espadas va y viene por los vagones a la caza de asiento. Donde no lo hay, lo inventa. Ruega, suplica, exige, susurra o vocifera, según se presente la cosa. Posee un talismán. La palabra torero.

—Si ustedes fueran tan amables que hicieran un huequecito. Somos la cuadrilla de Fulano, que hemos toreado esta tarde en Hellín y mañana en Cádiz. ¡Ya ven ustedes qué viaje! Es un banderillero menudito el que se sentará entre ustedes, ocupa poco y no ronca.

Y los viajeros, por ir codeándose con un banderillero célebre y poderlo contar luego, acceden y al poco el banderillero coloca sus pies en el asiento de enfrente y reclina su torera cabeza en el hombro del vecino y empieza a roncar estrepitosamente.

Otra de las incumbencias del mozo de estoques en los viajes es el capítulo de la merienda. También delicadillo de suyo. A lo mejor sale un picador alegando que a él no le gustan los filetes empanados, sino el capón con gelatina.

—¡Pero, hombre, qué cosas pides, cómo voy a traer capón con gelatina!

—¡Ah, pues tú verás! ¡Cuando iba con Mengano siempre llevábamos capón con gelatina o pavo trufado! Elige, a mí lo mismo me da.

Esto que voy a relatar no me lo han contado, lo oí en labios de un picador en un viaje que hice con la gente de cierto matador de tronío. Llevaban como líquido para la comida una bota de vino y el indispensable botijo, adminículo del que no se separa el mozo de espadas que se estime. El picador se había incorporado recientemente a la cuadrilla y era el primer viaje que efectuaba con ella. Al ver aparecer la bota, dijo con tono inapelable, dirigiéndose al mozo de espadas:

—Supongo que me habrás traído la botella de agua mineral y un vaso.

—¡Caramba, se me ha olvidado!

—¡Vaya, lo ves, si no se puede fiar uno de nadie, si sois todos lo mismo, no dais coba más que al matador, como si los demás no fuéramos personas.

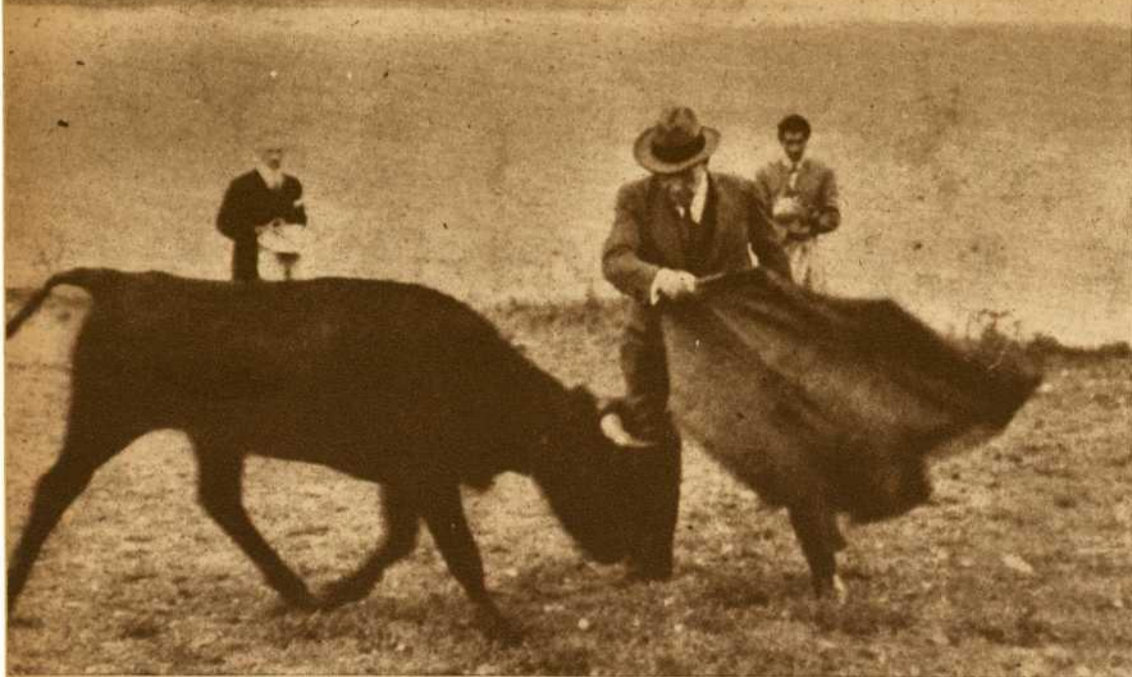
Tercia un banderillero:

—No exageres tú tampoco, que yo me considero persona y bebo en la bota tan ricamente.

—Tendrás otra clase de garganta. La mía en cuanto bebo a chorro se me irrita.

Al terminar la cena me decía en el pasillo del tren el mozo de espadas.

—¿Qué le ha parecido a usted aquí la madama Pompadour ésta que traemos vestida de picador? ¡Las cosas que hay que aguantar, don Antonio de mi alma! Luego se quejan los matadores de que le pega poco a los toros! ¡Pero, cómo los va a pegar bebiendo agua mineral en cristal de Bohemia!



El genial artista eibarrés, como en el año 97, gusta, a pesar de su edad, de torear en cuantas ocasiones se le presentan. (Fot. Marqués de Ivanrey.)

1897 - 1945

De EL PINTOR a don IGNACIO ZULOAGA, el gran pintor

La desgracia perseguía a Manuel Carmona, apodado Panadero, en forma de grandes y graves cornadas, tan graves y tan grandes, que el matador de toros sevillano, de la estirpe y generación de los Gordito, decidió abandonar los dilatados ruedos de las Plazas, para recluirse, en el año 1893, en el reducido anillo de una Escuela de Tauromaquia, establecida por el propio Panadero en la clásica Puerta de la Carne, cerca del famoso matadero sevillano, donde tantos y tantos diestros iniciaron su carrera artística.

Bien pronto la Escuela del Panadero se vió concurrida, muy concurrida, tan concurrida que el catedrático de aquella Escuela se creyó en el caso de organizar ejercicios prácticos, en forma de corridas, incluso con novillos de muerte.

Tan formalmente se hacía todo en aquella universidad taurina, que hasta carteles anunciadores quedaban fijados en los lugares de costumbre, como siempre se dice y se escribe.

En uno de aquellos carteles, en el año 1897, que aparece reproducido ilustrando estas líneas, se leen los nombres de los espadas y uno de ellos, en un «mano a mano», es el de Ignacio Zuloaga, el Pintor.

¿Que Zuloaga era el Pintor?

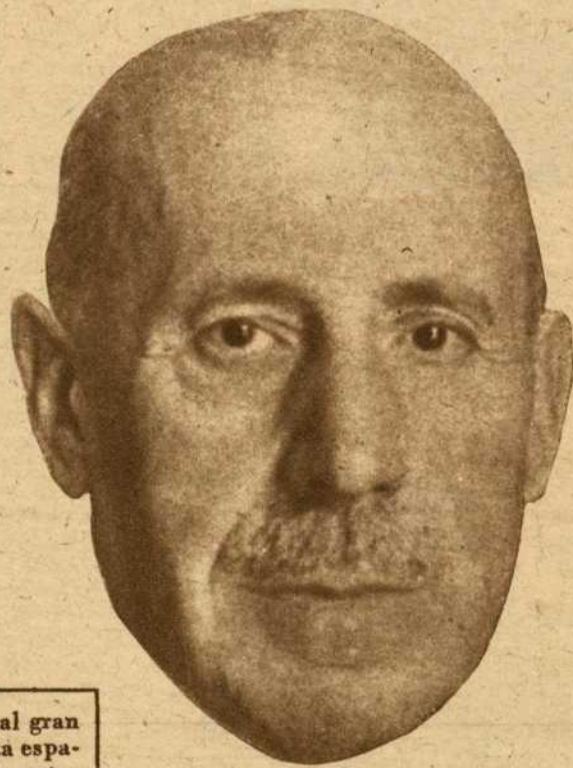
Nada más y nada menos que el actual gran artista de los pinceles, el ilustre artista español que ha sido admirado por el mundo entero, a través de sus geniales obras, sus prodigiosos cuadros.

El eximio artista, nacido en Eibar en el año 1870, durante su juventud vivía en Sevilla, y en su ánimo luchaban dos aficiones: la de la pintura y la del torero.

Sin abandonar ninguna de las dos, sin darle predominio a ésta sobre aquella, Zuloaga (¡cuánto me cuesta no escribir el bien merecido tratamiento!) las simultaneaba y acudía a tentaderos y fiestas de campo, y allí, en los prados, en las corraletas, cuando no en plena campiña andaluza, toreaba sin tregua ni descanso y tan bien lo hacía que Manuel Carmona lo presentó al público como a uno de sus discípulos más aventajados y valientes. Entonces El Pintor contaba veintisiete años de edad.

Varió de residencia el hoy gran artista, y alejado de la Escuela de Tauromaquia, pasó de su afición práctica a la teórica aprovechando, sin titubeos, todas las ocasiones que se le presentaban para torear, como ocurría allí en la ciudad andaluza, cuando era mozo garrido y joven alumno del Panadero, que, dicho sea de paso, murió en el año 1899.

El Ignacio Zuloaga, el Pintor, del año 1897, se convirtió, y no



PLAZA DE TOROS DE LA ESCUELA TAURINA



CON EL CORRESPONDIENTE PERMISO DE LA AUTORIDAD Y SI EL TIEMPO LO PERMITE, SE VERIFICARÁ EL SABADO 17 DE ABRIL 1897

UNA MAGNIFICA CORRIDA DE

CUATRO NOVILLOS

DE CUATRO AÑOS SIENDO

DOS DE CAPEA Y DOS DE MUERTE

de una acreditada ganadería andaluza.

MATADORES

MANUEL DOMINGUEZ

EL PINTOR

IGNACIO ZULOAGA

PICADOR: Santiago Lopez (Melilla).

BANDERILLEROS: Jose Trigo, Isidro Suarez y Nicolas S. Muret (el Catalán).

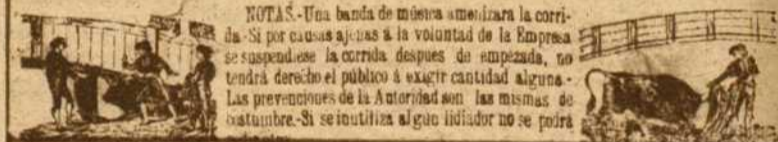
PENTILLERO: Isidro Suarez.

LA PLAZA SE ABRIRÁ A LAS DOS Y MEDIA.

y la corrida empezará a las cuatro menos cuarto

PRECIO DE LA ENTRADA. 75 CENTIMOS

IMPORTANTE. El despacho de billetes será establecido desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde en la CAMPANA, y desde esta hora se situará en el de la escuela Taurina.



Cartel d. 1897, en el que figura Ignacio Zuloaga, el Pintor

en plazo largo, en el actual don Ignacio Zuloaga y Zabalata, el magno artista, que acude siempre a los toros y fué y es gran amigo de Juan Belmonte, el famoso trianero, que no nació en Triana y que vió su nombre aureolado por la popularidad y un sinfín de remioquetes que se hicieron célebres, como son Terremoto, El Pasmio de Triana, Cataclismo, etc., etc.

Don Ignacio, como en su ya algo lejana juventud, siente el gusanillo de la afición y a pesar de sus setenta y cinco abriles, aun se encuentra con fuerzas y ánimos para torear, como toreó en el año 97, allá en la Escuela Taurina del Panadero.

No hace mucho tiempo, el que esto escribe, que se honra con la amistad del gran maestro de la pintura, quedó admirado al verle en una tienda, en Colmenar, bajar de su improvisada localidada en lo alto de un murallón y, una vez en la arena, que no era tal arena, coger de manos de un torero la roja tela de una muleta y dirigirse a una brava y pujante res para darla una serie de pases tranquilo, seguro, ceñido, consciente de lo que hacía y cómo lo hacía.

Una cerrada ovación premió la buena faena del gran artista que, reintegrado a su puesto y ante mi enhorabuena, contestó sin perder la calma:

—Esto no es nada. Mi deseo de toda la vida es enténdermelas con un Miura y... ¡haré todo lo posible por lograrlo!

A mi amable y cariñosa reconvencción de que no volviese a torear por si se lastimaba un brazo y esto le imposibilitara para la realización de sus obras pictóricas, dijo sentencioso:

—Si eso ocurriera, si el pase o el lance había sido bueno... ¡¡no me importaría nada!!!

Don Ignacio Zuloaga, cuando joven, fué, como torero, El Pintor.

Don Ignacio Zuloaga, ya en la madurez de su vida, es el gran Pintor-Torero.

CHAVITO

EL AFICIONADO CONOCIDO QUE NO QUIERE DAR SU NOMBRE

La tasa de las entradas, una crítica inteligente y justa, y una presidencia profesional; bases para el resurgimiento de la fiesta

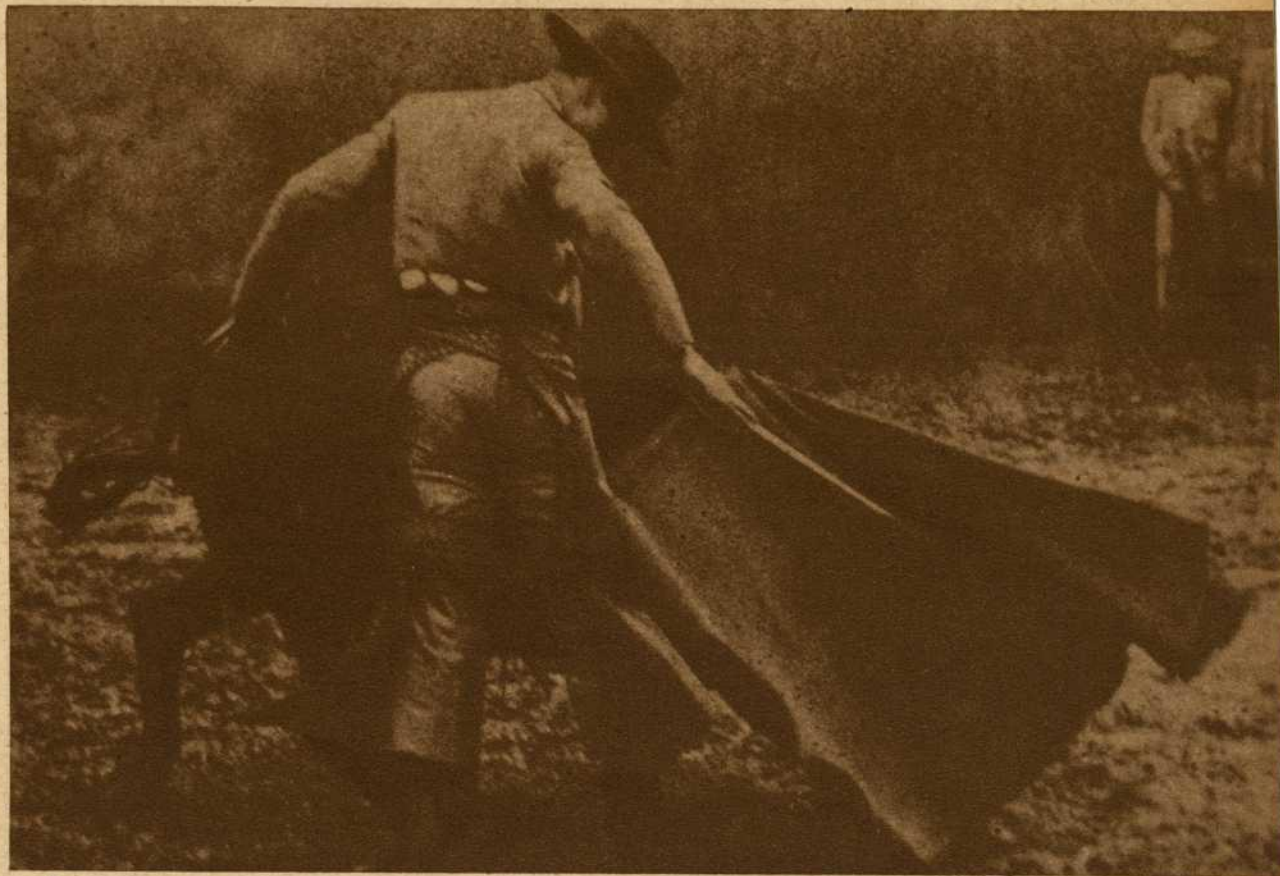
EL TORO, NI GRANDE NI CHICO

Por RAFAEL NARBONA

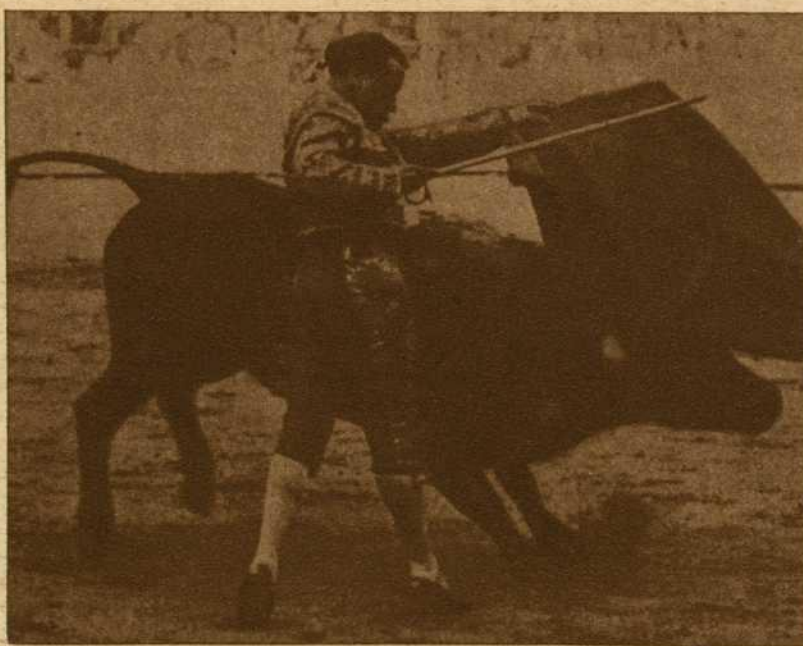
ESTA vez nuestra curiosidad reporteril ha ido en busca de un aficionado conocido, sevillano por más señas, que aunque oculte su nombre y su rostro, tal vez pueda el lector identificarlo a través de esta charla y de su gráfica ilustración. Porque este aficionado, próximo pariente y buen amigo de muchos ganaderos, tiene, entre otros títulos, para venir a la cita de EL RUEDO, el mérito de haber practicado el toreo como deporte en festivales y faenas campestres, en las que su arte y su destreza merecieron el elogio de los entendidos. Hoy, destacado en actividades alejadas, no olvida por eso su afición a los toros, y todavía cuando hay ocasión no tiene inconveniente en ajustarse unos lances o prodigar unos muletazos ante enemigos que por esos ruedos pasarían por novillos-toros sin protestas ni escándalos... Por su influyente situación, por su afición a la fiesta, creemos de gran interés dar a conocer sus opiniones sobre temas y asuntos taurinos que están en la primera línea de las preocupaciones del momento.

En primer lugar nos habla del estado actual de la fiesta y de sus posibilidades de resurgimiento:

—Yo creo —nos dice— que no puede hablarse de decadencia de la fiesta brava... Sin embargo, estimo que hay tres factores que pueden influir en su total resurgimiento: la intervención de las autoridades, una crítica inteligente y la modificación del régimen de presidencias... La autoridad puede intervenir de modo decisivo en la fiesta poniendo un límite a los precios de las entradas, tasándolas. Así se acabarían los abusos de los ganaderos, de los toreros y de la plaga de intermediarios que tanto perjudica. La crítica debe dirigirse al aficionado censurando lo que mal hecho esté, descubriendo al falso torero y al falso toro, silenciando los excesos del público. Para ello el crítico ha de ser entendido, pero no de «toros» ni de «plazas de toros», sino del «toro», del toro en el campo, en su ambiente. Sólo así, viendo tentar las vacas, conociendo los libros de las ganaderías, estudiando con verdadera vocación, puede ejercer la crítica con la debida autoridad y competencia. Y sobre todo eso, de callar los excesos del público, esas reacciones equivocadas que tanto daño hacen. Hay que tener presente que la mayoría de los espectadores no se preocupa de la fiesta más que durante la temporada, o más concretamente, los días que hay corridas, que no ha visto nunca un toro en el campo, ni mucho menos se ha puesto en su vida delante de un añojo, que es, sin duda, la mejor escuela del aficionado. Por eso no es extraño el caso de que los públicos no sepan apreciar debidamente una faena... Yo recuerdo cómo fué silbada una gran figura del momento por haber entrado a matar cuatro veces por derecho, despacio y clavando en todo el alto, y cómo luego, al matar fulminantemente al bicho de un bajonazo, pedían la oreja. Por último, la reglamentación de la presidencia de las corridas puede también ser altamente beneficiosa. Hay que dejar a un lado la colaboración de los asesores sin autoridad, porque en la mayoría de los casos son toreros retirados a quienes las Empresas pagan y que por tanto carecen de la independencia debida para imponerse contra los abusos de aquéllas. Por el contrario, convendría ir al establecimiento de un presidente o asesor bien remunerado, que no tenga nada que ver con la Empresa y sea responsable de cuanto ocurra en la Plaza; que pueda ver a los toros en los corrales, apartando a los que no reúnen condiciones de peso y tamaño; que tenga a sus órdenes a unos ayudantes que en el callejón o el patio de caballos impongan su autoridad. En resumen: hay que ir al establecimiento del presidente «profesional» que responda, ante el público que paga,



El aficionado conocido, que no quiere dar su nombre, tiene en su haber, como títulos de su afición, muletazos como éste, que recuerdan a los grandes maestros



Juan Belmonte en uno de aquellos formidables pases de pecho

de la pureza de la fiesta y de su prosperidad. La conversación toma otros rumbos. Se habla de otros tiempos: de Joselito, de Belmonte...

—Yo vi mucho a Belmonte —nos dice— en su segunda época. De la primera apenas si recuerdo... Pero vivo hoy (que sea por muchos años), todo buen aficionado debe juzgarlo como el mejor. El fundó una escuela, y fundar con carácter de permanencia no tiene parangón con nada. El quebrado a cornadas y palizas, en una época en que los medios de comunicaciones no eran tan fáciles ni tan rápidos como ahora, con poca salud, con rivales artísticos de gran calidad, hubo años que toreó más de cien corridas... Para eso hay que tener una clase y un valor excepcionales.

Surge el tema de los toreros de ahora: concretamente, de Manolete.

—A Manolete lo acepto como el mejor... aunque sería injusto dejar de mencionar a Antoñito Bienvenida, el torero de las cornadas grandes... Sin embargo, como andaluz, creo que lo más sublime en el torero, lo que hace olvidarse del tiempo y del mundo, lo que se recuerda para siempre, es cuando un gitano se queda «para»...

La frase trae de la mano una definición sobre el toreo:

—Yo estoy con los clásicos: parar, templar y mandar... En esas tres cosas está el secreto. Quien

las posea las tres, llega a figura. Considero que la suerte mejor es la muleta, con su complemento de una buena estocada. «Colocarse» con el capote sólo pudo hacerlo Curro Puya. Otro hubo que ni siquiera pudo tomar la alternativa y que, sin embargo, toreó de capa como nadie: El Niño del Matadero, del Puerto de Santa María.

Volvemos al tema actual: al de los otros que llegan.

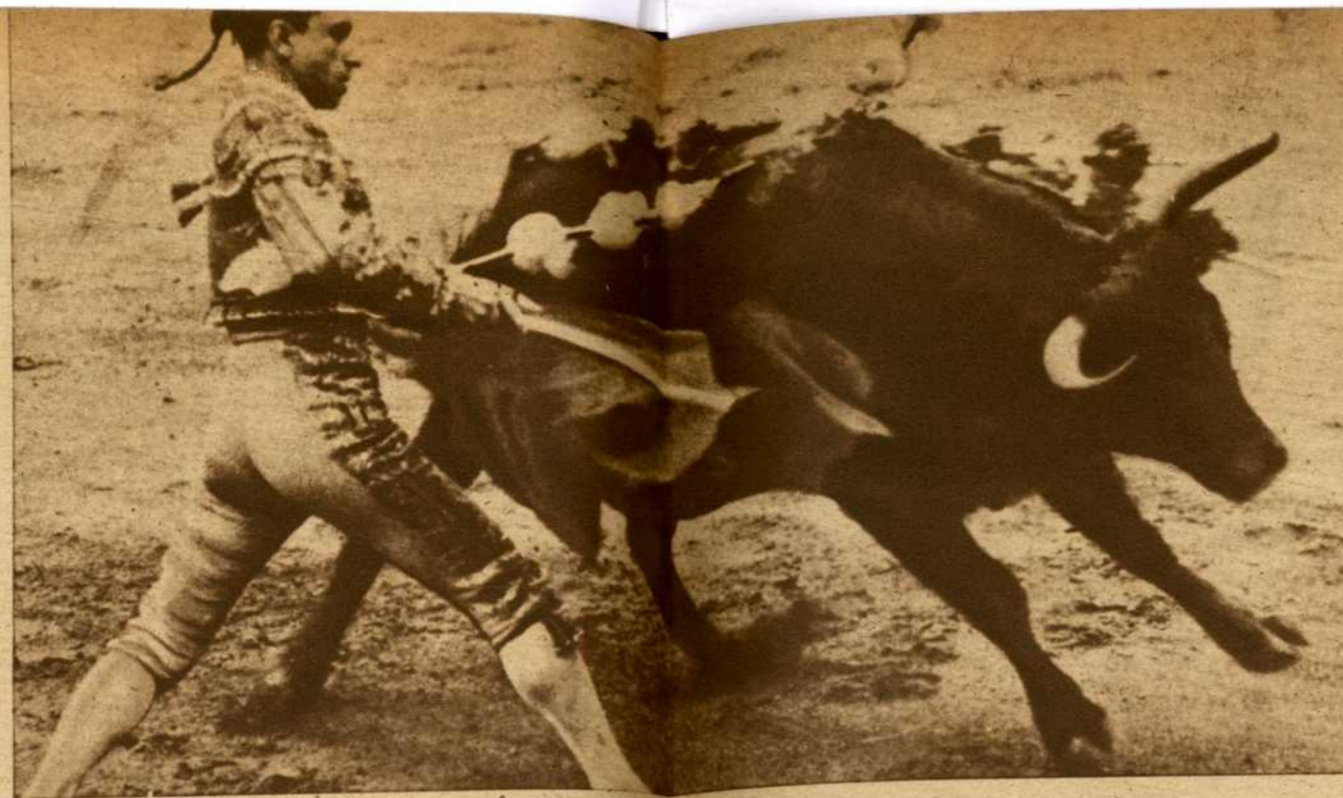
—Poco, muy poco, puede decirse de los que llegan: si acaso, que casi ninguno sabría colocar a una becerra en suerte en un tentadero... Vienen ya sonando con el «gachito recortado», sin pensar que a veces, por haber sido retentado, por su temperamento o por haberle cortado los pitones y cabecear demasiado, ofrece mayores dificultades que el toro grande. Y conste que yo no soy partidario del toro grande... Ni grande, ni chico. Tal como hoy se desarrolla la fiesta, es imposible pedir toros grandes...

La charla toca a su fin. Antes de despedirnos, este gran aficionado a nuestra fiesta nacional, que por cierto fué y es un formidable jinete, nos habla de su pasión por los toros:

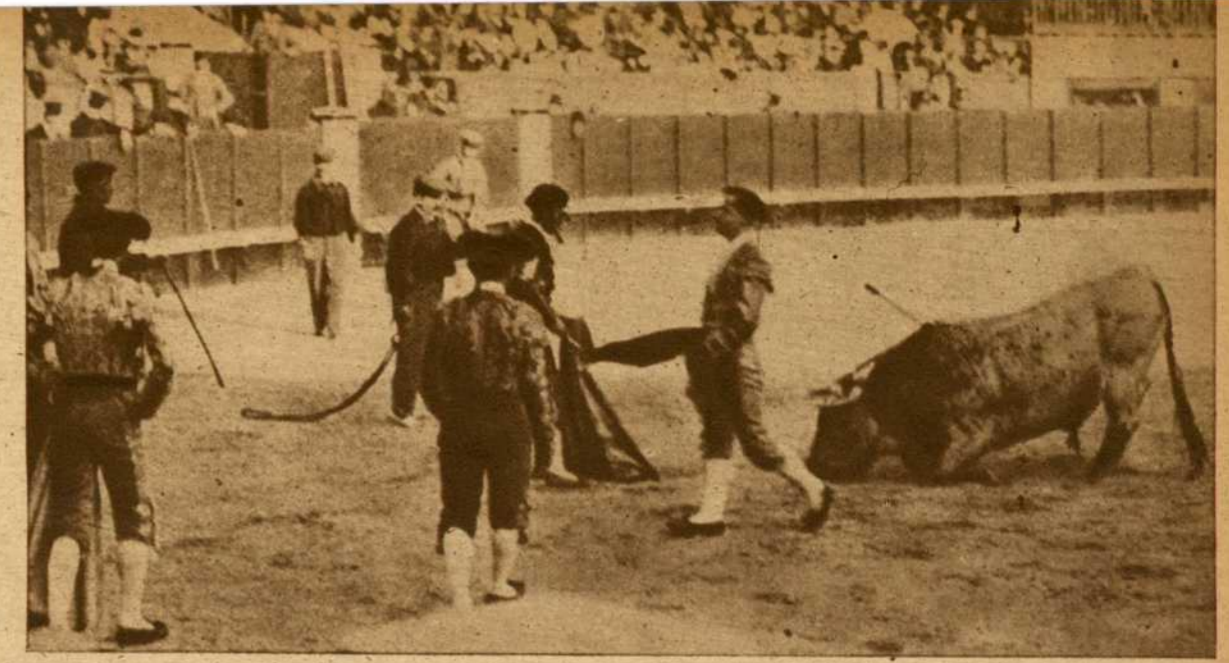
—En el servicio duro que me he impuesto, la fiesta es mi pasión y mi pequeño descanso. Pero no sólo en su expresión espectacular, sino en su faceta campera...



Vicente Pastor viendo morir, después de una magnífica estocada, un toro en la Plaza de El Torero, de Méjico.



Vicente Pastor, en plena época de triunfo, pasa de muleta a un toro en una corrida extraordinaria.



El torero madrileño culmina la faena de muleta con una media estocada, y se dispone a recoger la ovación.

Cómo fué formándose en el toreo. Un tropiezo con la Empresa de Madrid. El famoso toro Catalán. El cartel de Vicente empieza a decaer



Vicente Pastor en sus primeras épocas

XI
CUANDO Vicente Pastor se doctoró en tauromaquia en las circunstan-
cias anteriormente expresadas, había estoqueado, primero como becerra y después como novillero, 329 reses en las 144 corridas que efectuó.

Llegó, pues, el torero de la calle de Embajadores a recibir el espaldarazo taurómico con la base suficiente para consolidarse en su nuevo aspecto. Así lo estimaban los que siguieron con atención sus taurinos pasos, y en esta creencia se hallaba el propio interesado. No era en realidad una improvisación con traje de luces.

Deseo desde sus principios coetudados de imponerse en todos los secretos del difícil y complejo arte de lidiar reses bovinas, Vicente lo intentaba todo, no sólo repentinando ante los fieros brutos, sino llevando a la práctica, después de estudiar *in mente*, la forma de realizar las más distintas suertes. Y así empezó matando en la suerte de recibir el primer becerro; colocando banderillas, en sus novilleros comienzos, y ejecutando con el capote los más diversos lances, sin olvidar la clásica larga cordobesa.

También procuró usar en el manejo de la muleta la mano izquierda, que es la que verdaderamente manda y domina, imprescindible en los pases natural y de pecho —que también prodigaba—, como es harto sabido fundamentales en el toreo. Explicado queda todo esto para demostrar cumplidamente que el caso de Pastor no fué el del Algabeño, quien, tocado por la Divina Gracia, apareció de la noche a la mañana en los palenques dando formidables volapiés sin recibir lecciones de nadie. Llevaba el torero de La Algaba esto dentro de sí y de esta forma se manifestó desde el primer momento.

Vicente, en sus propósitos de ser lidiador largo —y estas observaciones son de mi propia cosecha—, trató en todo instante de perfeccionarse en todo, y muy lejos de la verdad se hallaban quienes veían en el diestro madrileño la

existencia sólo del matador, olvidándose del torero, equivocación lamentable de la que los sacó, años más tarde, el eje de estos sencillos y pretéritos reportajes.

Tres corridas más toreó Vicente en el primer año de su alternativa: una en Torrijos, el 27 de septiembre, y dos en Madrid, el 5 y el 26 de octubre, respectivamente. Esta corrida de Torrijos causó a la Empresa madrileña perjuicios de carácter económico y, por consiguiente, una justificada contrariedad.

Con bastante antelación a la fecha de la alternativa tenía contratada una novillada en dicho pueblo en el día primeramente expresado, y Vicente, dueño en todo momento de su palabra y de su firma, se obstinó en torearla.

El representante de la madrileña Empresa, don Jacinto Jimeno, anunció a Pastor con Mazzantini, para que ambos estoqueasen seis toros de don Víctor Biencinto el siguiente día, domingo, 28. Un certificado facultativo hubiera bastado para que los aficionados del lugar toledano se hubieran quedado sin ver a Pastor; pero estas estratagemas, tan usadas en todos los tiempos, no encajaban en el temperamento del ex Chico de la Blusa, y a Torrijos fué con la misma tenacidad que Prim nos trajo al rey Don Amadeo de Saboya, adquiriendo la novillada, por tal hecho, caracteres de corrida de toros, en la que mató cuatro reses de Otaola.

En malas condiciones el ruedo de la toledana Plaza, Vicente pisó en falso, y consecuencia de ello fué el sufrir una fortísima distensión ligamentosa que le impidió volver a alternar «vis a vis» con su padrino don Luis ante la afición madrileña. Tuvo la Empresa que suspender la corrida, quedándose los aficionados aquel día sin su favorita fiesta, y la Empresa bastante dolida por no haberse prestado Vicente a cometer una informalidad.

El 5 de octubre se verificó en la vieja Plaza madrileña la décimasexta corrida de abono, y como el cartel era muy atrayente —seis toros de Miura para Quinito, Ricardo Bombita y Vicente Pastor—, la entrada fué buenisima.

En esta corrida, que pasó a la historia por lo que más adelante verá el lector, no estuvo bien Pastor con su primer miureño, haciéndose aplaudir por su valentía en el sexto. Y he dado el calificativo de histórica a tal corrida, porque en ella se lidió el famoso toro Catalán, con el que Bombita fracasó, borrón que en la vida del diestro de Tomares amargaba constantemente a Ricardo. Este toro Catalán, corrido en quinto lugar, negro, bragado, meano, bien co-

Historia taurina de Vicente Pastor

locado de pitones y de excelente estampa, fué considerado por la crítica y los aficionados como el héroe cornudo de la temporada de 1912.

Con poder y mucha bravura tomó once puyazos de los varilargueros Arriero, Gacha y Pino, luciendo las espadas en los quites. Banderilleado por El Barquero y Alvarez, después de colocarle Ricardo un par desigual al quiebro, pasó a la jurisdicción del segundo de la dinastía de los Bombita, haciéndole una faena rápida, desigual, desligada e impropia de la que se merecía el bravo cornúpeto, compuesta de veintitrés pases, y matándole de dos estocadas, dos pichazos y un descabello, todo en el tiempo de seis minutos.

Grande fué el entusiasmo del público con Catalán, a quien se dió por los mulilleros la vuelta de honor por el ruedo, cayendo sobre éste sombreros y otras prendas; pero mayor fué la bronca que recibió Ricardo, quien, homajamente afectado, devolvió las armas torcidas a su mozo de espadas con la espina clavada en

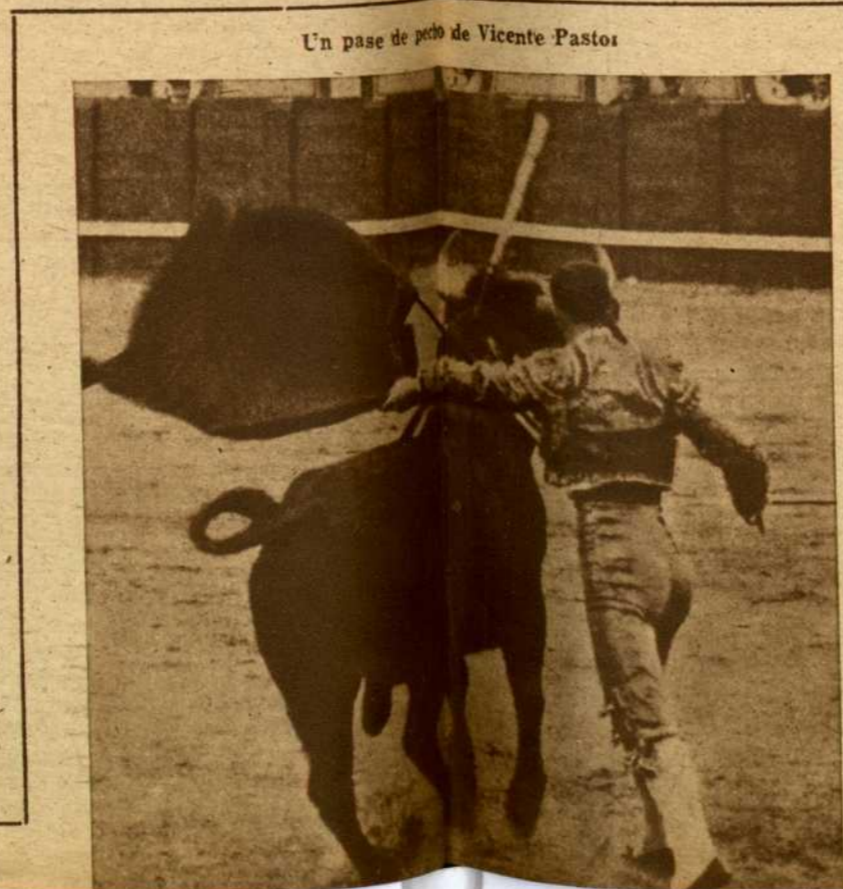
muy aplaudido, dando muerte al último toro corrido en aquel año, llamado —el toro— Coronel, colorado, ojo de perdiz, ocurriendo esto a las cinco horas y dieciocho minutos de aquella tarde otoñal. Sólo fueron, por consiguiente, cuatro corridas de toros las toreadas por Vicente, en las que despachó once bovinos.

En este año 1903, en el que Vicente tomó parte en quince corridas, estoqueando treinta y seis toros, empezó a decaer su cartel, iniciándose con tal motivo la época de sus desventuras. Fué esto sin duda —y así lo ha dicho el propio interesado— por la diferencia que encontraba en el tamaño y en la fuerza de los toros, con los que no podía hacer —según confesión de Vicente— lo que venía ejecutando con los novillos.

Porque has de saber ahora, estimado lector y bisoño aficionado, que en aquella época ocurría todo lo contrario que en la presente. Entonces los novilleros lidiaban realmente matos, y los matadores de toros, toros con los cinco años, el sentido propio de esta edad y la barba bien corrida sin darse ninguna vuelta por la hoy llamada «barbería».

Y por consiguiente, a los recién alternativos les era más duro y difícil que ahora afianzarse en sus nuevas categorías.

Más breve fué aun la temporada de Vicente el 1904, año en el que, como verá el lector, estuvo a punto de naufragar nuestra fiesta. Sólo toreó ocho corridas, y ninguna de éstas en Madrid. En Burdeos, el 10 de abril, lo hizo con toros de Filiberto Mira, en unión del tri-



Un pase de pecho de Vicente Pastor

Las causas de ello, según el torero. Huelga de tenientes de alcalde. Su primer viaje a América a la ventura. La fiesta de toros en peligro

Rompió el fuego Vicente, en Madrid, en la séptima corrida de abono celebrada el 15 de mayo, festividad de San Isidro, alternando con Mazzantini y Ricardo Bombita en la lidia de seis toracos poderosos y difíciles de don Félix Gómez, siendo Pastor avisado en sus dos toros. Por cierto que esta corrida, a la que asistió Don Alfonso XIII, estuvo a punto de suspenderse por haberse declarado en «huelga» los diez tenientes de alcalde. ¡Ninguno de ellos quería presidir la corrida, porque se les negaban facultades para imponer, sin intervención de la autoridad gubernativa, multas a los ganaderos y a los toreros!

Volvió el 31 de aquel mes de mayo con Algabito y Morenito de Algeciras a la Plaza de la carretera de Aragón para torear reses de Vera-gua, y en esta corrida, en la que el de Algeciras fué confirmado por el primero, Vicente dió pares y nones, siendo ovacionado en un toro y avisado en otro. Antes de estas tres corridas, en el caso madrileño celebradas, ya había toreado Vicente en Granada el 12 de abril, espectáculo mixto en el que mató cuatro reses de Campos Varela y dos novillos Pepe Moreno, sobrino de Lagartijillo.

El 7 de junio actuó en Barcelona con Villita y Chicuelo, sorteando toros de Moreno Santa María. Dos toros lidió en Lisboa el 11 de dicho mes y en Palma de Mallorca el 21, el y Chicuelo, fueros anunciados para torear seis reses de Aleas, matándolos el padre del actual Chicuelo, por resultar fuertemente confusionado Pastor.

Bartolomé Jiménez Murcia y un francés apellidado Bayón le acompañaron en Arlés (Francia) el 9 de agosto, toreado bovinos de Biret.

En Ciudad Real, el 16 y el 17, estoquea el primer día con Antonio Montes toros de Vicente Martínez, y el segundo, de Bañuelos, con Lagartijillo Chico. El 7 de septiembre, en San Sebastián, se las entiende con Saltillos en unión de Parrao y Rafael, el Gallo. Al siguiente día mata en Benavente, anunciado como único espada, seis toros de Clairac, y en Logroño, el 23, actúa en otra corrida mixta con Cocherito, despachando astados de Biencinto. En octubre, el 25, torea en Marsella, con Antonio Moreno, Lagartijillo, cornudos de Flores, y cierra el año taurino en Valencia, el 15 de noviembre, en unión de Mazzantini y José Pascual, Valenciano, a quien el diestro de Elgóibar cede el primer toro al de la ciudad de las flores.

Más breve fué aun la temporada de Vicente el 1904, año en el que, como verá el lector, estuvo a punto de naufragar nuestra fiesta.

Sólo toreó ocho corridas, y ninguna de éstas en Madrid. En Burdeos, el 10 de abril, lo hizo con toros de Filiberto Mira, en unión del tri-

nero Montes, y el 24 en Arlés, Carreros, con Morenito de Algeciras.

Con Guerrerito alternó en Oporto el 19 de julio, y el 29 en Segovia lidia en corrida mixta, con Llaverito, cornúpeto, cornúpeto, cornúpeto, cornúpeto.

Ya no vuelve a vestir el traje de luces hasta el 14 de agosto, que lo efectúa en Pontevedra con Lagartijillo, reses de Valle, repitiendo ambos lidiadores el siguiente día.

En Alcalá de Henares, el 25 de dicho agosto, el, Pepe-Hillo y Jerezano torear y matan bichos de Félix Martín, y en Astorga, con Mazzantini, cierra su corta temporada, toros de Carreros, el 28 del agosteo mes.

Año de desesperación para Vicente, porque su cartel seguía bajando, pero sin que por ello perdiera la esperanza de recuperarlo.

El 21 de septiembre embarcó para Méjico, a la ventura, en el vapor *María Cristina*, con el estado de ánimo que pueden figurarse, pero siempre con el firme propósito de no caer vencido en la lucha entablada y bien ajeno de que aquí, en Madrid, peligraba la celebración de las corridas, porque el Instituto de Reformas Sociales había propuesto al Gobierno, siendo ministro de la Gobernación don José Sánchez Guerra, la supresión de la fiesta en domingo, dando el hecho lugar a que se celebrase en los Jardines del Buen Retiro un mitin taurino en el que tomaron parte los más significados aficionados, ganaderos, toreros y periodistas y nombrándose una comisión, presidida por don Pascual Millán, que, después de un suculentó ágape, presentó al ministro varios pliegos con las firmas de cien mil aficionados de todas las clases sociales, en súplica de que el proyectado acuerdo no pasara a ser una realidad.



Don Vicente Pastor Durán en la actualidad

LA NOVIA DE REVERTE

Por JOSÉ CARLOS DE LUNA



*"La novia de Reverte
tiene un pañuelo
con cuatro picadores,
Reverte en medio."*

Era de crespón pajizo,
con flecos de media vara.
Bordada a mano tenía,
por cenefa, una guirnalda
de campanillas azules
y rositas encarnadas.
Entre la trama de flores,
los pajaritos volaban.
Recamando las esquinas,
cuatro caballos estaban:
Uno, castaño encendido;
otro, bayo y cañas blancas;
otro, alazán avacado,
y el cuarto, de torda capa.
¡Bien bordó sus atalajes
la moza que los bordara!
Mosqueros de madroñitos:
muserolas encañadas;
frenos, espuelas y estribos,
en fina labor de plata;
piñas en las frontaleras,
las peinetas, moteadas;
trenzaduras y atacolas
con los colores de España,
y en borrenes delanteros,

en colorines rayadas,
y desflecándose en guindas,
ricas mantas jerezanas.
Jinete en cada caballo
—con las riendas aferradas—,
un picador de "tronío":
la casaquilla, volada;
cucarda, en el castoreño;
camisola escarolada,
calzonas de ante pajizo,
con golpes de filigrana;
corbatín con anillito,
botinas respunteadas;
el barboquejo, calado,
y la garrocha montada.
En medio, un toro albaño,
averdugado de nalgas,
con el hierro y la señal
del "cura de Dos Hermanas";
veleto de cornamenta,
testuz arremolinada,
crujiendo al aire la cola
y en polvareda las patas.
Ante el toro, un torerito
con la cintura quebrada,
la muleta en una mano,
y en la otra mano, la espada.
El traje, tabaco y oro;
la faja, verde manzana.
El rostro —una miniatura

que a Reverte retratará—
es una blanca chapita
de marfil, pulimentada,
que gastó el color pagando
los besos que al color daban...
¡Es mascarilla de amores
la palidez de la cara!
¿Que dónde vi esta reliquia?
Donde el pasado echó anclas:
en una sala, con rejas
a la Plaza de la Alfalfa.
La cómoda isabelina
que en un cajón la guardaba
hacia de relicario,
y, bajo llave dorada,
con mantellinas de casco
v pericones de nácar
—entre alhucema y membri-
[los—,
el pañuelo se esponjaba.
Abrió el cajón una vieja
piloniga, pequeña y blanca,
con vestido de moaré
v enaguas almidonadas.
Temblando de años y mimos,
sus recuerdos desdobló.
—¿Estos?

"El Charpa", "Pegote",
"el Inglés" y Cigarrón".
.....
Fué fiesta de caridad
por los de San Juan de Dios.
.....
La Maestranza fué Empresa,
y la Infanta presidió.
.....
¡Aaaay!...
.....
El toro tomó diez varas
y diez caballos mató.
.....
Este es... ¡Antonio Reverte!
.....
Una lágrima rodó
de los ojuelos azules
a los pies del matador.
A conjuros de caricias
vibró el ruedo de crespón.
Los flecos batieron palmas,
y la muletilla ardió
entre murmullos de seda
y lumbraradas de sol.
"La novia de Reverte
tiene un pañuelo",
donde hilitos de grorio
bordan recuerdos.

NUEVOS AFICIONADOS
DE CATEGORIA

RAFAEL DUYOS

va a la Plaza para ver y "oír" torear

**Aquel barco
que perdió en
Montevideo...**

traje de marinerito. Allí, en «El Gallinero», estreché yo por primera vez en mi vida la mano de un torero, la de Rafael, el Gallo.

Recuerdo que al despedirnos me dijo: «Adiós, tocayo».

Me ganó la emoción. ¡Figúrese! Para mí, un torero era un ser de otro mundo, algo colocado a una altura infinita. ¡Y yo había estrechado la mano de uno de los más famosos!

De estos recuerdos de mi infancia ha salido mi «Paisaje de tauromaquia en Valencia», en el que recojo el ambiente y el color de la época, los pregones de la gente, las entradas en el tendido de Mariano Benlliure, de Raquel, del pretendiente Jaime, que iba de incognito...

Entonces yo era «gallista», como ahora soy de Pepe Luis Vázquez.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que en poesía soy lírico y andaluz, dando a Sevilla la capitalidad de la filigrana, en toreo me fui al «gallismo» por afinidad con mi sentir poético.

Joselito y Pepe Luis están más cerca de mi poesía que otros toreros y mi afición conducida por mis versos me pone también más cerca de ellos que de otros.

Yo no soy manoleteista, aunque admire a Manolete y comprenda lo gigantesco y solemne de su arte. Manolete, en el toreo, es el soneto, y yo no soy sonetista, aunque ello no quiere decir tampoco que jamás haya escrito sonetos.

En Pepe Luis se complementan el cerebro y la filigrana. Mire usted: Pepe Luis...

Y a continuación, Rafael Duyos nos recita, como él sabe hacerlo, su romance del torero de San Bernardo, como nos recita después el del torero de Córdoba. Ahí quedan, en los versos, los retratos plenamente logrados de las dos figuras del toreo. Y en estos romances, y otros que pronto correrán la carrera de la fama y la fortuna, está la gloria del poeta.

—¿Tiene usted algún recuerdo trágico de la fiesta?

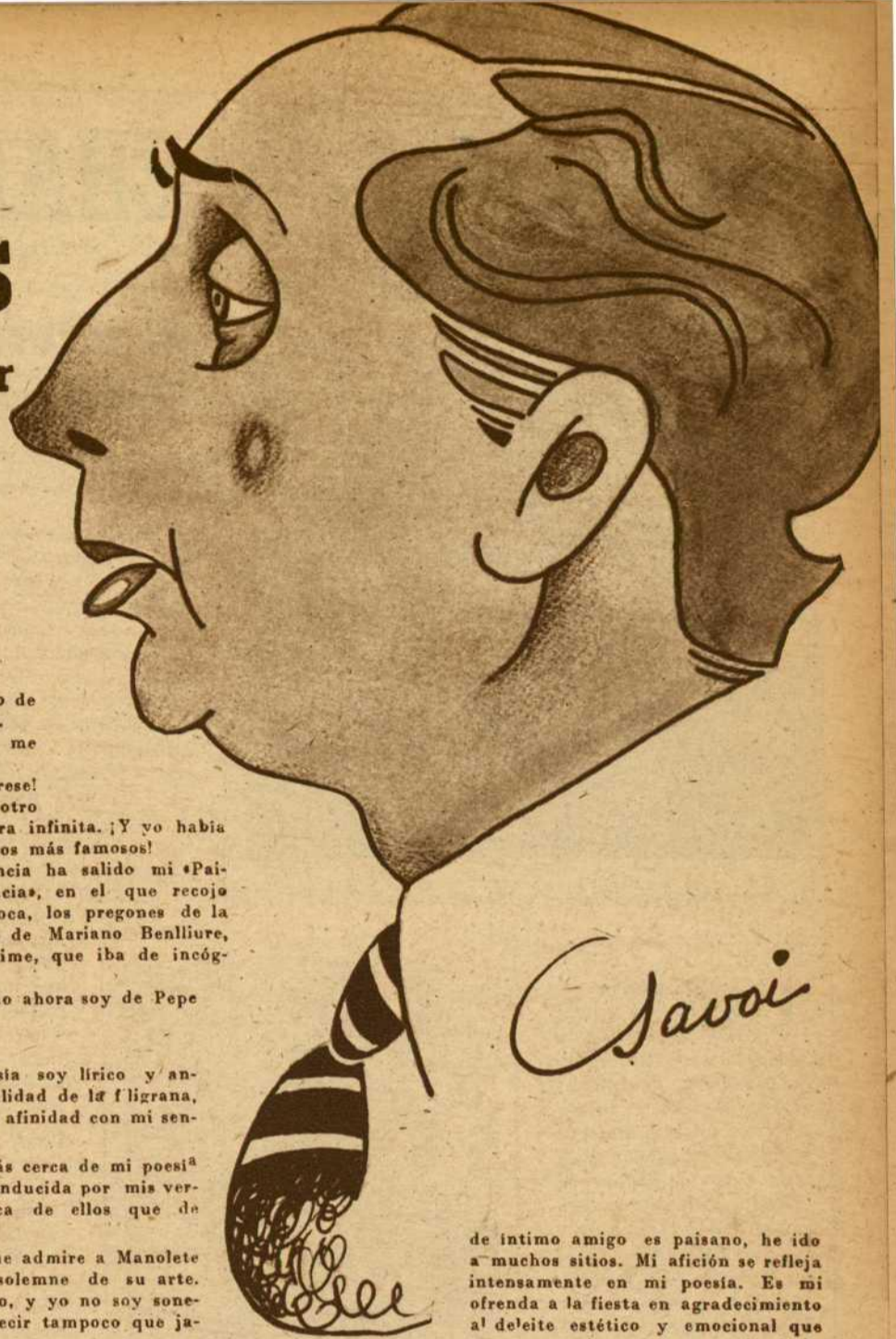
—Debía haber visto la muerte de Granero. Pero no asistí a la tragedia. Aquel día me quedé castigado en casa por haber sacado malas notas en mis estudios.

—Y de los toreros que usted no ha visto, pero cuya historia conoce a través de la crónica, la reseña y la biografía. ¿quién cree que ha sido el más grande?

—Lagartijo. Sabemos que era un torero completo, que dominaba todas las suertes y que no estaba dentro exclusivamente de la escuela rondeña, sino que ampliaba en estilo. De Lagartijo me atrae además su «secretario», que lo sitúa graciosa y señorialmente en los medios sociales de sus tiempos. Hay un episodio que refleja fielmente el carácter de este hombre, que era torero dentro y fuera de la Plaza. Había sido invitado a una fiesta benéfica por cierta anciana y aristocrática dama. La esplendidez de Lagartijo era proverbial. Calcule usted el asombro de las señoritas de la buena sociedad de Málaga cuando vieron que Lagartijo daba una peseta por un pastel, dos por un vaso de manzanilla... A los diez minutos apenas nadie hacía caso del célebre Lagartijo, quien no obstante permaneció en los salones hasta que se marcharon los últimos invitados. Entonces Lagartijo se despidió de la dama que le había invitado, le dio las gracias y le dijo que quería entregarle algo para sus pobres. Le dio la cartera repleta, el reloj, la botonadura de brillantes, todo cuanto de valor llevaba... ¡Qué sé yo! Quince o veinte mil duros. Después cogió un alfiler, un alfiler insignificante, y pidió a la dama que se lo prestara hasta el día siguiente, fecha en que se lo volvió a entregar, junto con un ramo de flores...

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—No, nunca; pero me hubiera gustado ser torero, casi tanto como ser poeta, como soy. Y en ello, además, me hubiera gustado, como a Manuel Machado ser un buen banderillero de la cuadrilla de Granero, Barrera o Pepe Luis. Lo que sí he hecho es acompañar a amigos toreros por ferias y Plazas. Con Vicente Barrera, que además



de íntimo amigo es paisano, he ido a muchos sitios. Mi afición se refleja intensamente en mi poesía. Es mi ofrenda a la fiesta en agradecimiento al arte estético y emocional que me proporciona. Como valenciano tengo hecho el romance de los Fabrillos, que pertenecen ya a la leyenda tauromáquica de Valencia, como pertenece, aunque sea más reciente, El Carpio. Casi todas mis composiciones de toros las ha estrenado González Marín. En Buenos Aires es donde se oyó por primera vez mi «Presagio y telegrama de muerte de Ignacio Sánchez Mejías».

—En qué se fija usted más en la Plaza: ¿en los toros, o en los toreros?

—En las dos cosas. Y voy siempre a una localidad baja, porque tanto como ver me gusta «oír» torear, lo que refleja en mis versos, en los que recojo el grito de Joselito a Blanquet. «¡Vete, vete, Blanquet!» el típico de Pepe Luis: «¡Déjalo, déjalo!»; el de Antoñito Bienvenida...

—¿Qué época del toreo, de las que usted ha conocido, le gusta más?

—Esta, salvando la de mi infancia y adolescencia, el espectáculo magnífico de la competencia entre Joselito y Belmonte. Y es más, creo que para el toreo de hoy está bien el toro de ahora o de últimamente. Aparte de que el tamaño del toro antiguo creo que no era tan exagerado como dicen. Me pareció que en esto hay algo de fábula. También hay que distinguir entre el toro grande y el toro alto.

—¿Cómo?

—Mire, un día estaba yo con Rafael Gómez, el Gallito de ahora, después de una corrida que se le había dado bastante mal. Estaba explicando por teléfono a su hermano la jornada de poca fortuna y como éste le preguntara si es que los toros eran grandes, Gallito le contestó: «No es que eran grandes, ¿sabes?; es que eran altos». Y ahí quedó la cosa.

El tiempo pasa y hay que irse. Pero antes aun nos cuenta Rafael Duyos la impresión que les produjo a Eugenio Montes y a él la contemplación de una Plaza en ruinas, en Colonia de Sacramento, a cuarenta kilómetros de Montevideo.

—Esa Plaza, en la que se celebraban corridas de toros antes de la independencia, la enseñan a los turistas como en Grecia los antiguos monumentos y reliquias de arte. Según supimos, Frascuelo toreó allí. Por cierto que nos detuvimos tanto que perdimos el barco en el que debíamos salir de Montevideo y hubimos de volver al hotel, donde la noche anterior los amigos nos habían dado un banquete de despedida...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Aquí está un poeta. Un poeta de honda filigrana. Quizá el único poeta de su generación que elogio Federico García Lorca sin reservas, quizá por ser el único que no le imitaba. No. Rafael Duyos tiene un estilo suyo, una personalidad tan definida en sus composiciones que jamás cabe la confusión.

Los versos que hace Rafael Duyos no los puede hacer nadie más que Rafael Duyos.

Tienen su sello, su gracia especial, su modo y sus modos inapresables, su secreto. Como tiene su secreto el recital en labios de este poeta excepcional que huye de lo enfático y ampuloso, de lo declamatorio y recargado.

No recita: dice, con una aparente sencillez, con una luminosidad que sin duda se trajo de los paisajes mediterráneos. Los toros, su afición a la fiesta nacional, han influido notablemente en la obra poética de nuestro gran escritor, que estos días escribe el romance de las figuras de la torería actual. Ya ha fijado en sus versos la gracia sabia de Pepe Luis, el seco dramatismo de Manolete, la alegría de Antoñito Bienvenida, el primor caballero de Alvaro Domecq... Nuestro oído se ha regalado al escuchar estas poesías que no vacilamos en calificar de definitivas y que los lectores van a conocer inmediatamente antes de que se publiquen en el libro que Rafael Duyos prepara. Pero basta ya. Dejemos al poeta hablar de lo que queremos que nos hable hoy: de toros.

—¿Cuándo comenzó a ir asiduamente a la Plaza, Rafael?

—Tendría entonces mis ocho o nueve años. Era en mi Valencia natal. Última corrida de Feria. La corrida de ocho toros, que allí llaman «la fartá», es decir, el hazgo, y que era antes la que se celebraba la última. El cartel estaba compuesto por El Gallo, Gallito, Belmonte y Saleri II. Junto a mí había unos belmontistas a los que recuerdo de pie en el tendido, irritados, mostrando a la presdenc a las entradas pagadas a buen precio. Y es que Joselito estaba muy mal aquella tarde... Ese día yo, que ya había estado en el cine y en el teatro, descubrí que los toros constituyen el único espectáculo en el que el público puede gritar... Y ya, desde entonces, he ido siempre. De mis años en Marruecos guardo la impresión de las ferias de Andalucía la baja, cuando un barco, fletado especialmente para asistir a las corridas, nos dejaba en Algeciras... Usted habrá estado en la tertulia llamada «El Gallinero», de Valencia.

—Pues no, no he estado, pero conozco su existencia. ¿Qué ocurre con «El Gallinero»?

—No, nada, que me acuerdo ahora de una cosa... Mi madre me llevó allí una tarde, con mis doce años y mi

CHARLA de fin de temporada

El torero gitano en un mercado de caballerías "Estoy contento de no parecerme en mi arte a ningún otro"



Rafael Albaicín, el torero gitano, posa para EL RUEDO

PLANTA torera de sortilegio puro. Gitanería en el ruedo. Arte prodigioso con regusto de fina escuela de bien torear. Aroma sutil de una tauromaquia hecha romance. Esto es Rafael Albaicín, símbolo y compendio del toreo gitano de nuestros días.

Quiso ser un maestro en el arte musical, y el Destino le llevó a las plazas de toros en vez de las salas de conciertos. Hermano de artistas, Albaicín llevaba sangre torera en las venas, y a la hora de definirse optó por la lucha con el fiero bruto, atraído por la embriaguez de oros, sedas, sangre y sol.

Culto, ameno conversador y dotado de una vigorosa personalidad, sus gustos le llevan a preferir deambular por las calles del viejo Madrid o escaparse al campo, al chismorreo perezoso de las tertulias.

Días pasados me lo encontré en el campo de la Ferroviaria, con ocasión de celebrarse el anual partido de fútbol entre las huestes taurinocinematográficas. Como desde el graderío no se otease otra cosa que no fuera la *débaclé* de los toreros y los espectadores estuviéramos en inminente trance de convertirnos en estatuas de hielo, Albaicín propuso un paseo hasta el cercano paseo de la Chopera, sede del mercado «calé» de ganados. Accedimos Becerra, Zarco y yo, acuciados por la curiosidad de ver al torero cañí metido en su propia salsa.

Por haber transcurrido la hora de las transacciones, la concurrencia había decrecido y sólo quedaban algunos tratantes rezagados y algunos curiosos. Tan pronto divisaron a su compadre, lo rodearon, dando muestras de visible complacencia por aquella inesperada visita.

Una viejuca con pañuelo de pico en la cabeza le abrazó, emocionada.

—Es mi tía «la Múa» —aclaró Rafael. Pretendió Zarco obtener una placa del grupo familiar. La «tía Múa» acababa de perder a su marido, y por nada del mundo hubiera quebrantado el luto gitano dejándose fotografiar.

Para eludir un poco el entusiasmo de



A Rafael — reminiscencias de su raza — le gusta visitar el mercado

aquella gente nos adentramos en un vecino tugurio con pretensiones de merendero. Alrededor de unas cuantas mesas, varios desherrapados se hallaban enfrascados en una partida de «cané».

Dos o tres gitanos, atraídos, sin duda, por el atuendo atildado de Cristóbal Becerra, comenzaron a asediarme con divérsas peticiones. Curándome en salud, procuré enfrascarme en animada conversación con Albaicín para evitar enojosas intervenciones.

Tras de mojar los labios en un fermentado vino que nos sirvieron, Rafael Albaicín contestó a mi primera pregunta de esta forma:

—Concluí a nuestra guerra, mi gran vocación por la música me hizo ampliar mis estudios de piano. Un accidente sufrido me restó agilidad en la mano derecha, y durante mucho tiempo estuve preocupado al no poder expresar mi temperamento artístico. Otro, para dar rienda suelta a sus sentimientos, se hubiera hecho pintor o poeta...

—... Pero usted reaccionó, haciéndose torero.

—Así es. Descubrí que los estados del alma, los sentimientos artísticos también se pueden exteriorizar con un capote y con una muleta. Y por eso me hice torero.

—¿En qué faena o momento taurino ha llegado a gustarse?

—Gustarme a mí mismo me he gustado muchas veces; pero si he de concretar, lo reduciré a los dos momentos siguientes. Una fué al descubrir mis aptitudes en casa de don Alipio Pérez Tabernero toreando una vaca. La otra, ya más hecho, tuvo lugar el año pasado, en Sanlúcar de Barrameda, con un toro de Juanito Guardiola.

—Y su mayor contrariedad, ¿dónde ocurrió?

—El mayor disgusto experimentado lo tuve el año pasado en la Plaza de Toros de Madrid, al suspenderse por lluvia la corrida cuando iba a salir mi primer toro.

—¿Hasta qué punto cree sinceros los juicios ajenos con respecto a su labor?

—El juicio más sincero es el que se hace el propio artista. Si el juicio ajeno es amigo, está influenciado por el cariño, y si procede de un adversario, tampoco es objetivo por estar unido de pasión.

—¿De qué excelente cualidad se halla más satisfecho?

—Pues de no parecerme en mi arte a ningún otro torero. Mi toreo, bueno o malo, tiene un sello personal.

—¿De qué defecto quisiera corregirse?



Entre los chalanés, gente de compra, venta y cambio, se hace una foto el gitano. Hay que dar una tregua al ofrecer para luego subir y bajar, que en realidad es la sal de la compra



Y como este mulo le ha gustado toma rápidamente sus notas, por si hubiera lugar, después del ofrecimiento hecho, a subir hasta donde la dueña quiere



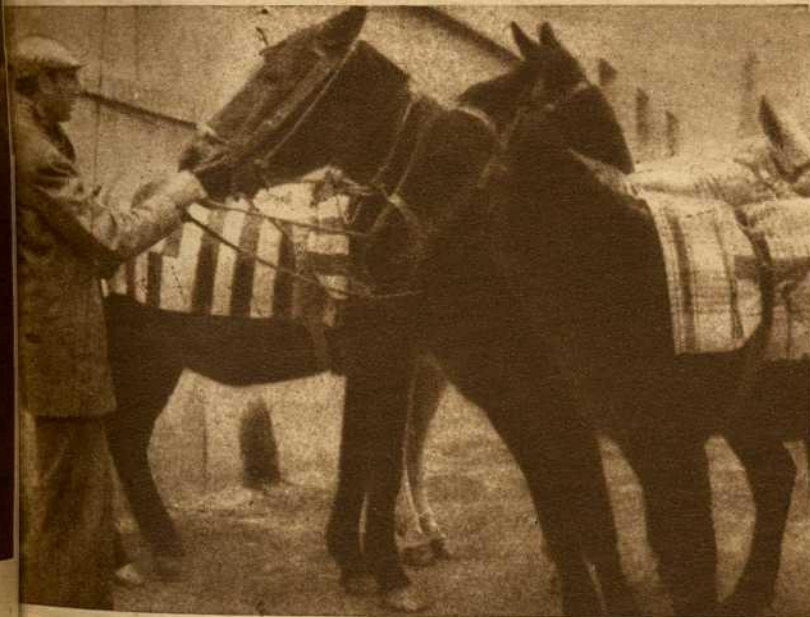
Y entre trato y trato, su poco de divagación, el cigarrillo y un poco de irse de la conversación, para después volver sobre ella con más fuerza y lograr lo que se quiere

RAFAEL ALBAICIN habla para EL RUEDO

"En lo decorativo, transformaría el traje de luces, haciéndolo más espectacular"



"¡Pero, hombre, por favor! ¡Si este burro tiene cuatro años más de los que usted quiere que tenga!... Y si no, mire." Y dicho y hecho. Hombre ducho en ello, le abre la boca al animal



Y ahora otro caballo, un mulo y un burro. Pero hay que pasearlos para ver cómo andan. Y eso es lo que el torero gitano va a hacer con el caballo: darle una vueltecita para verle el aire



Y vuelta con la edad del burro, que ahora no sé cuál es otro Y

—De ninguno, ya que la personalidad se sustenta tanto en los defectos como en los aciertos. Por lo menos, ésta es mi opinión.

Surge un gitano viejo para interumpirnos. P de permiso y se lleva a Rafael hasta una mesa desocupada. Hasta mí llegan algunas palabras del animado diálogo que entablan; pero como mis conocimientos del «caló», «zincalé» o «románó» se asemejan a los del checoslovaco, pongo por ejemplo, pues me quedo a oscuras. Al fin se separan, el gitano me saluda desde lejos y sale a la calle.

—¿Qué quería ese hombre?—pregunto al torero.

—Les ha tomado a ustedes por unos «payos» de mucha categoría, y me ha estado insistiendo para que les pidiera su intervención, a fin de que su hijo, actualmente en la cárcel por «unos negros infundios», pueda recobrar la ansiada libertad. Trabajo me ha costado disuadirle de su empeño.

—Pues si nos llega a tomar por mister Churchill, ¡es capaz de pedirnos la escuadra inglesa!

A otra cosa, Rafael. ¿Es usted supersticioso?

—Soy católico, y no creo en supersticiones. Como es natural, tengo gustos y preferencias; pero yo antepongo la Divina Providencia a la fatalidad.

—Para que la fiesta llegue a su auge más señero, ¿cómo entiende usted que debe ser la aportación del perfecto ganadero?

—Pues eso, ser un ganadero perfecto, esto es, criar toros bravos, nobles y bien presentados. Yo creo que lo que interesa del toro es su edad y las condiciones que pueda ofrecer para la lidia.

—¿Y la del torero?

—Los toreros no tenemos más misión que torear. Ahora, que, como el fraile del cuento, «si los crótalos hemos de tocar, tocar bien o no tocar».

—¿Cree usted en la decantada decadencia de la fiesta?

—No puedo creer tal cosa, ya que ahora va más gente que nunca a los toros. El precio de éstos es astronómico, y nosotros ganamos unas cantidades que no ganaron nuestros antecesores. Todo esto indica el mito de tal decadencia.

—¿Estima infalibles a la crítica y a los públicos?

—Mire, amigo, sobre la tierra no hay más infalible que el Papa.

Nueva interrupción. Esta vez es una gitana rodeada de toda su prole. Con mues-



Otra instantánea de Albaicín hecha en el mercado



Albaicín con una reata de cuadrúpedos. (Fots. Manzano.)

todos los familiares del torero, incluso de algunos que fallecieron hará sus cincuenta años. El sésumo eficaz de un billete consigue despegarnos a la gitana y a sus retoños.

—El desfile de sus «compatriotas» me recuerda la noticia de que va usted a ser elegido príncipe soberano de la gitanería española.

—Eso fué «un dicho» de Celedonio Vázquez, rey de los gitanos, que vive en Azuaga, gran partidario mío, llegando en su exaltación a proclamarme su heredero. El «dicho» hizo gracia en una tertulia de artistas y literatos amigos, y ahora quieren organizar una

fiesta en mi honor, a la que asistan Celedonio, rey en Extremadura; otro monarca de mi raza, que vive por el puente de Toledo; un tercero, con residencia en Cataluña, y otro, que tiene sus reales en el Norte de España. Reunidos los cuatro reyes con la gitanería artística de más significación, pretenden proclamarme herecero único de sus reinos.

—¿Y quién actuará de mantenedor de la fiesta?

—Todo esto es una cosa de poetas, que no sé si llegará a realizarse. Me dicen que el gran rapsoda José Carlos de Luna será el encargado de redactar «el documento» de la proclamación.

—Buen maestre de ceremonias han elegido.

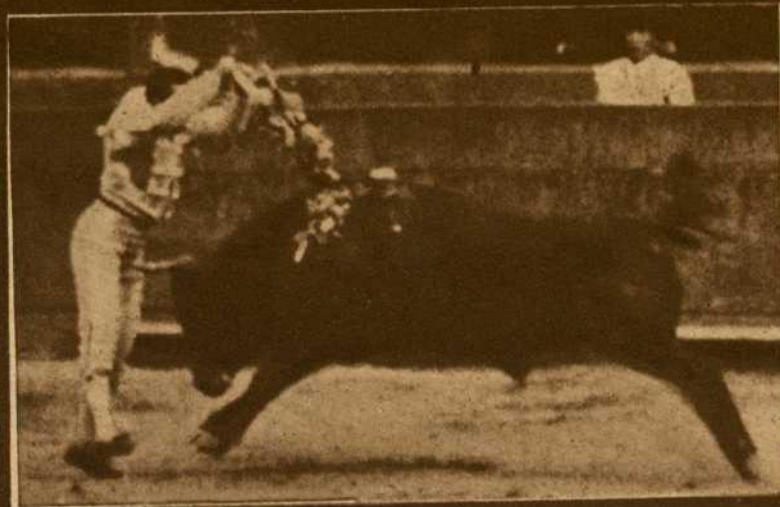
—¿Es partidario de introducir modificaciones en la fiesta?

—Sí. Una de índole técnica y otra de tipo decorativo. Los picadores deberían marchar por la izquierda; así, el caballo estaría defendido, picador y toro siempre se encontrarían en suerte, y además se ahorrarían muchos capotazos inútiles. En lo decorativo, me agrada modificar el traje, haciéndole más espectacular.

—Su forma de torear, ¿está influenciada por estilos ajenos?

—No; no creo estar influenciado por ningún otro estilo. Mi forma de torear, amigo Mendo, está en consonancia con mi psicología, y ésta es personal.

La emocionante ejecución de un par asombroso por la proximidad del embroque al reunir los floridos palitroques en las mismas péndolas



Juntos los pies, suavemente inclinada la figura hacia el mando, David Liceaga se pasa el toro a inverosímil cercanía en este magnífico pase con la derecha



El natural majestuoso, reposado y torerísimo por el dominio y por el temple



El adorno garboso acariciando el pitón de la fiera dominada



Y he aquí el epílogo enervado de los grandes y continuos triunfos del gran torero mejicano David Liceaga



David LICEAGA

La afición a nuestra bravísima Fiesta espera la reaparición en los ruedos de España del gran torero mejicano David Liceaga.

Y la espera con impaciencia y con ilusión, porque los triunfos de David en las plazas de su patria se han contado por actuaciones.

Y también porque no ha olvidado los éxitos del mejicano, y menos aún que fue el primer torero que juntó y clavó los pies en la ejecución de las suertes, marcando e iniciando así los rumbos del toreo moderno.

En las fotos que ilustran esta página se marcan diversos matices del arte admirable de David Liceaga, hoy en plena sazón de su bien cimentado prestigio, que se presentará en España a primeros del próximo mes de abril para renovar y acrecentar sus grandes éxitos.

J. R. Manfredí
APODERADO

Tel. 77986

Huertas, 54
MADRID



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CUANDO LOS TOREROS IBAN EN COCHE A LA PLAZA



ERA en aquellos tiempos en que para ir a los toros no hacía falta ir a los toros. La fiesta trascendía de tal forma que, saltándose a la torera el círculo de ladrillos, explotaba en la cálida tarde y penetraba en los rincones de toda la capital. Y así sucedía que, lejos del redondel donde se juega por alegrías con la muerte, había también corrida. Y los padres les ponían las ropitas domingueras a sus pequeños, sacaban su purito ensortijado —recuerdo del último bautizo— y se echaban a la calle con toda la familia para ver la corrida. Para ver «su corrida», que era la de tantos.

Y así, la calle de Alcalá, horas antes, se llenaba de voces mientras una muchedumbre subía y bajaba por las aceras, jugando al rigodón con los que —localidades en mano— iban en coches y tranvías en busca de su asiento en la Plaza. Y era de ver el lujo de algunos «arruajes» que entre otros de alquiler destacaban con sus relucientes troncos de caballos, que trotaban calle arriba soltando las alegres notas del repiqueteo de sus cascotes sobre la calzada. Mantones, pañuelos, una algarabía de colores que enmarcaba las caras sonrientes de las bellas, y el requiebro y la mirada que se enreda en las espirales del habano y el trajín inquieto del qué pasará. ¡A los toros! ¡A los toros!

Y entre todo esto, de pronto, por allí abajo, se empieza a oír sonar el tin-tin de un cascabeleo que hace volver todas las cabezas. El padre advierte a sus chicos: «Allí vienen; preparaos». Son los tore-

ros; el coche de los toreros que avanza por el centro con los diestros que torearán esta tarde. Y la gente les mira y les remira. Ellos no van a verlos aquella tarde a abrir la amapola de su capa, pero ya juzgan de sus caras alegres o preocupadas; de su aire pensativo o indiferente. Ellos —estas gentes de corrida de paso— ya hacen sus cábalas y se anticipan la corrida tercio por tercio. «¡Qué ganas lleva Fulanito!» o «¡Mala tarde va a tener Zutánito!» Y mientras, los niños han prendido sus miradas en el oro de los trajes, que lanzan sus destellos heridos por el sol. Y por su infantil imaginación cruzan ellos mismos dentro de otro coche parigual, bien ceñida la montera y dispuestos a acabar con todas las ganaderías de todo el mundo.

Y el coche sigue avanzando entre la curiosidad del gentío. Y a los primeros que le vieron se les va alejando la corrida de la que ya apenas si volverán a saber, hasta que horas más tarde vuelva a oírse el repiqueteo de los cascabeles que vuelven y que entonces sonarán alegres para unos y tristes quizá para otros.

De entonces es la fotografía que ilustra hoy nuestra estampa. De aquellos tiempos en que «el Bomba» enloquecía a los públicos e iba recogiendo sonrisas desde su casa hasta la Plaza, sentado en aquel simbólico coche de los toreros.



TOREROS DE ANTAÑO



Antonio Fuentes, en su última época, brindando en un festival benéfico en Valencia



Fuentes en el mismo festival de Valencia, correspondiendo a los aplausos del público

Nació en Sevilla el 15 de marzo de 1869, en el seno de una familia de humilde y pobrísima condición

Con uno de los lidiadores que, durante mi larga vida, me ha unido más estrecha e íntima amistad ha sido con el inolvidable diestro cuyo nombre encabeza estas líneas.

Nos comenzamos a tratar en la temporada taurina de 1895, y como nuestra simpatía fué recíproca, pronto fuimos amigos fraternales. Varios años le acompañé a casi todas las ferias de España, y de aquellas alegres correrías, que quedamos pocos, vive aún, gracias a Dios, Pepe García Becerra, que era cerca de Ricardo Torres, Bombita, lo que yo al lado de Antonio Fuentes.

Era tan viva y ardorosa nuestra afición a la fiesta nacional, que recuerdo bien que el año 1900 presencié, aparte de las de Madrid, 57 corridas de toros en provincias.

Relación tan entrañable me permitió conocer como la mía propia la vida del gran torero.

Nació en Sevilla el 15 de marzo de 1869, en el seno de una familia de humilde y pobrísima condición. Desde muy muchacho sintió una decidida inclinación al toreo. La dehesa de Tablada y las frecuentes capeas que se celebraban en los pueblos cercanos a Sevilla fueron el teatro de sus primeras andanzas. Formaba parte de una pandilla de mozalbetes que vivían siempre ansiosos de torear, soñando con las palmas, el dinero y el amor de las muchachas, que son los tres ideales que inflaman la fantasía de los que se dedican a la tauromaquia.

Entre todos aquellos matadores en agraz sobresalía Antonio por su elegancia nativa y su gracia en el manejo del trapo —no merecía el nombre de capa— con que acometía todas las suertes. No había duda de que sus aptitudes eran verdaderamente espontáneas, y por ello superaba a todos sus compañeros.

Se distinguió tanto y tan rápidamente, que el año 1885, cuando sólo contaba dieciséis años de edad, con un traje de luces prestado, actuó ante el público de Guillena (Sevilla). Siguió trabajando en varios pueblos de las provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva, con tan unánime aceptación, que fué contratado en 1887 para La Habana. José María Cossío, tan bien enterado de todo lo que a la torería se refiere, dice que formó parte de la cuadrilla de un novillero apodado el Macarenito. No me atrevo a negarlo, porque a pesar de que Fuentes me refirió esa primera excursión, no recuerdo el nombre del matador.

Sea de ello lo que fuere, al regreso de Cuba, la amistad que le unía con Raimundo Rodríguez, Valladolid, le ofreció la ocasión de banderillar a sus órdenes, y como en la capital castellana gustó mucho su trabajo, en varios pueblos de la provincia le contrataron para matar novillos. Con un equipo de torerillos principiantes toreó varios meses en distintas plazas pueblerinas, y me contó un lance muy curioso que le ocurrió en un pueblo cuyo nombre no he olvidado, pero que no quiero citar, porque el sucedido le hace poco favor y no gusto sacar a nadie a la vergüenza. Llegó al lugar en cuestión, y la noche antes de la corrida le visitó en su posada el alcalde diciéndole estas o parecidas palabras: «Este público disfruta mucho viendo coger a un torero, y como yo quiero tenerlo contento, vengo a proponerle que, sobre el precio convenido, se le darán cincuenta duros si mañana se deja coger». Fuentes se rió y le dijo que a pesar de que ansiaba ganar dinero, ni por mil duros aceptaría tamaño desatino. El alcalde creyó que el motivo de rechazar la propuesta consistía solamente en una razón de decoro profesional, y le replicó: «Está bien que usted no quiera mermar su crédito, pero no creo que tendrá inconveniente en aceptar uno de esos malos banderilleros que trae usted». No es preciso decir que la repulsa fué definitiva y que, para fortuna de los toreros, el público no pudo darse el gusto de presenciar una cogida.

En Valladolid hizo tantas y tan buenas amistades que para él, después de Sevilla, me decía que dicha ciudad era la de su preferencia.

Después toreó indistintamente con Miguel Báez, Litri, y Angel Villar, Vallarillo, que recuerdo daba muy bien el salto de la garrocha, y el 31 de mayo de 1891 hizo su aparición en Madrid de banderillero y como matador de novillos. Otro cualquiera, con el entrenamiento que tenía y los aplausos que cosechaba, habría solicitado tomar la alternativa.



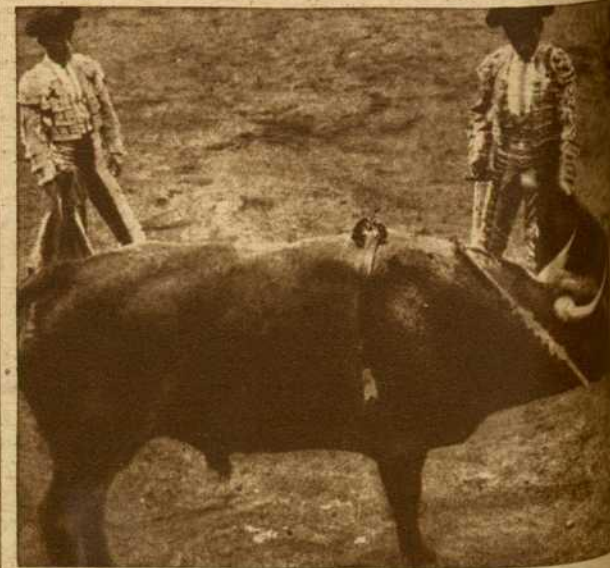
Antonio Fuentes, en sus grandes tiempos de matador de toros, citando para poner un par de banderillas

pero entonces los toreros no se improvisaban y ellos mismos comprendían que antes de lanzarse a matar había que aprender al lado de los maestros. Desgraciadamente, esa costumbre desapareció por completo.

Para acabar de aleccionarse trabajó como peón y banderillero bajo la dirección, sucesivamente, de Francisco Arjona Reyes, Currito, y José Sánchez del Campo, Cara Ancha.

El 17 de septiembre de 1893 tomó la alternativa de mano de Fernando Gómez, Gallo, y en la lidia y muerte de su primer toro, llamado Corredor, de la ganadería de Clemente, lució sus grandes dotes y fué aplaudidísimo. La afición madrileña quedó tan complacida, que la Empresa lo incluyó en el cartel de abono para la temporada siguiente de 1894.

Necesitaba Fuentes un día solemne para consolidar su fama, y esa jornada, sangrienta por cierto, no se hizo esperar. El 27 de mayo de dicho año se celebró en Madrid la



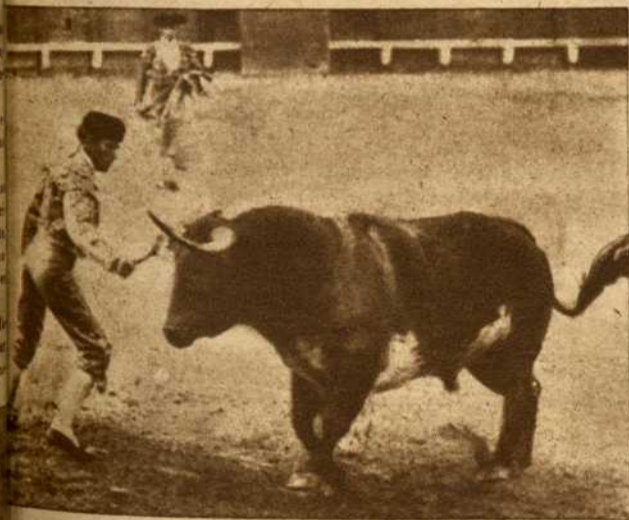
Fuentes, esperando que el toro se refresque para empezar una faena

ANTONIO FUENTES ZURITA

Por NATALIO RIVAS (De la Real Academia de la Historia)



El famoso matador sevillano vistiéndose para ir a la Plaza. El mozo de espadas le arregla la coleta



Antonio Fuentes adornándose con las banderillas antes de plantar uno de aquellos pares que tanta fama le dieron

una corrida de abono con toros de Miura y los diestros Manuel García, Espartero, Carlos Borrego, Zocato, y Antonio Fuentes. Presidía la fiesta el teniente de alcalde Leopoldo Gálvez Holguín. A pesar de que el día era hermoso, verdaderamente espléndido, la entrada no fué buena. Apenas estaba ocupada la mitad de la Plaza.

Salió el primer toro, que respondía al nombre de Perdigón, colorado, ojo de perdiz y astifino. Picado en su sitio por Agujetas, Cantares y Trigo, y bien banderilleado por Valencia y Antolín, llegó el toro a la muerte muy quedado y defendiéndose mucho. De la faena que hizo Espartero y de cómo perdió la vida, se ha escrito mucho y no es preciso repetirlo.

Salió el segundo y al hacer un quite fué volteado Zocato, que pasó a la enfermería inutilizado para continuar la lidia. Y quedó Fuentes frente a cinco miuras, que tenía obligación de despachar, sabiendo que el Espartero estaba muerto.

Estuvo valiente, sereno y reposado. Todos perdieron el tino, pero él se mantuvo imperturbable y toreó con el valor de un novillero valiente. En la muerte del tercer toro obtu-

El 17 de septiembre de 1893 tomó la alternativa de manos de Fernando, el Gallo, dando muerte al toro Corredor de la ganadería de Clemente

vo una formidable ovación. Su celebridad quedó consagrada.

Cuando salió de la enfermería, dejando exánime al compañero, me confesó que lloraba amargamente; pero la reacción que se produjo en su espíritu al encontrarse en la Plaza fué formidable. Comprendió que aquella tarde se jugaba su presente y su porvenir y, por virtud de un raro fenómeno, recobró la serenidad y se dispuso a triunfar o morir. Y el miedo se borró en absoluto de su ánimo. «Nunca me he sentido más valeroso», me decía. Y eso que, según dijo el revistero de *El Liberal* al elogiar la actitud de Fuentes, «torear en tales condiciones es torear con un pie en la sepultura».

Desde aquella señaladísima victoria, su prestigio quedó asegurado, y hasta 1908, que decidió retirarse, toreó tantas corridas como el que más y ganó mucho dinero. A partir del referido año, no debió volver a torear. Los intentos que realizó, incluso su excursión al Perú, fueron un lamentable error, que dió lugar a que una historia brillantísima parara en una decadencia que no debió llegar a mostrarse.

Fuó un lidiador magnífico. Aparte del conocimiento que poseía de las reses y de lo admirablemente que conocía todos los secretos del arte taurino, ponía un sello de suprema elegancia en todos los lances. Hecha excepción de Lagartijo, el Califa cordobés, no he conocido otro más elegante que Fuentes.

Le acompañé tantos años, que si hubiera de ir desmenuzando la multitud de corridas que le vi, tendría que escribir un libro. Por eso condensaré mi opinión, absolutamente imparcial, diciendo que con la capa y la muleta bregaba con desembarazo, facilidad y sabiendo siempre la lidia que debía dar a cada res. Con las banderillas no le ha superado ninguno de los que he visto, ni en gracia, precisión, elegancia y seguridad para llegar a la cara de los toros. Como matador dejó mucho que desear. Tuvo días afortunados, pero fueron los menos. Le faltaba casi siempre la energía decisiva que es indispensable cuando los toros se ponen a la muerte. En ese momento supremo no se puede vacilar.

Le quise entrañablemente y mi confianza con él era tan íntima que al terminar la temporada de 1900, como yo viera que no ahorraba en proporción a los ingresos, le pregunté qué dinero tenía y me contestó que cuarenta y cuatro mil duros. Le indiqué la conveniencia de comprar una finca y se resistió, pero mi influencia era tal, que conseguí convencerle. Yo era entonces labrador, y un encargado de mi labor, que conocía a palmas Andalucía, cuidó de buscar una buena hacienda y encontró La Coronela, que la compré y después mejoré muchísimo.

No quiero concluir sin dedicar un recuerdo a su mozo de espadas, Carlos Antequera, porque merece rememorarse.

Simpático, leal e inteligentísimo, los hechos demostraron lo que valía. Retirado Fuentes, con los ahorros que había logrado reunir montó un pequeño negocio en Sevilla, frente a la Catedral, consistente en una especie de taberna. Y aquel modesto establecimiento, en las manos peritas de su dueño, concluyó siendo la célebre Venta de Antequera, al final del paseo de las Delicias, conjunto de preciosos edificios y manantial espléndido de honrados provechos.

A mí no me sorprendió progreso tan rápido y cuantioso. Había observado a Antequera y me asombraba su capacidad. Durante las temporadas taurinas él era el depositario de todo el dinero que cobraba Fuentes. Los individuos de la cuadrilla le iban pidiendo cantidades según las necesitaban, y esto se repetía con mucha frecuencia. El no sabía leer ni escribir y, por lo tanto, no podía anotar lo que entregaba, pero quedaba tan fijo en su memoria que al liquidar con cada uno nunca se dió el caso de que hubiera divergencia. Con esto demostró que su retentiva era enorme, pero después, con el modo de desenvolver su negocio, dió pruebas de talento muy preclaro y de una voluntad enteriza. Yo le tomé mucho afecto y le traté con cariño hasta su muerte.



Epoca de fama. Fuentes brinda a la presidencia la muerte de su primer toro



Fuentes, triunfador, dando la vuelta al ruedo recogiendo los aplausos de los aficionados

Torear de costado y torear de frente

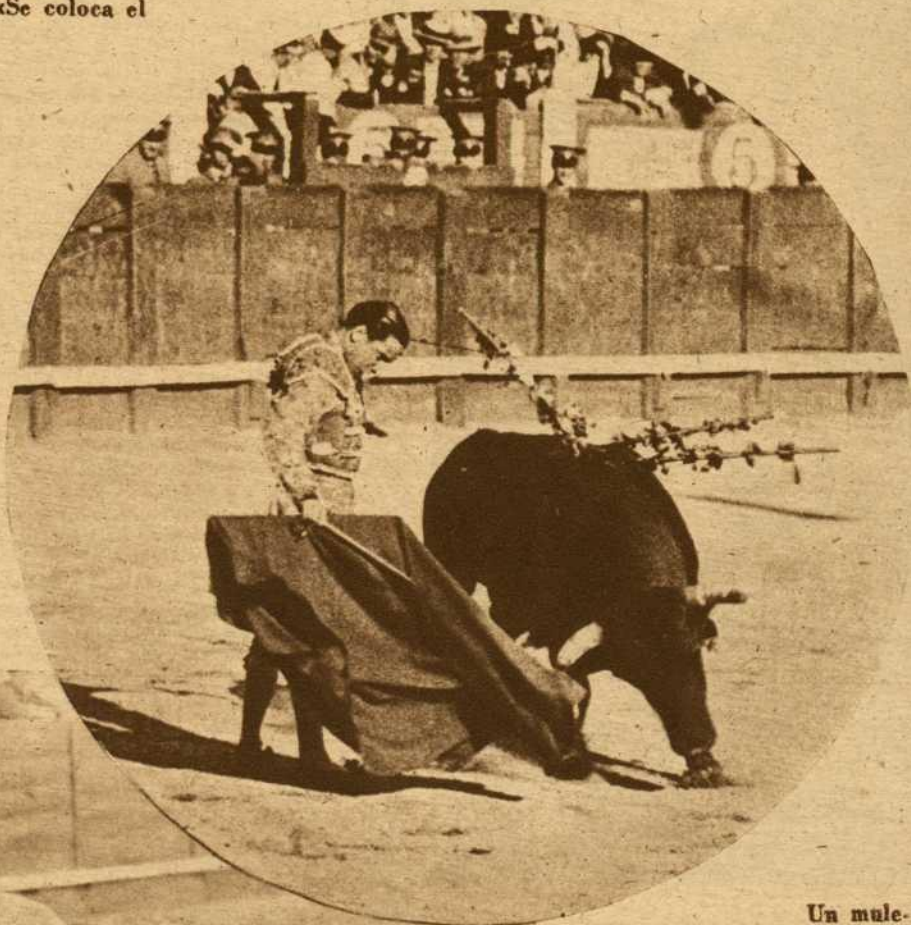
Por FELIPE SASSONE

Los tratadistas taurómacos del siglo pasado, al describir las varias suertes del toro y pretender enseñarlas, suelen empezar diciendo: «Se coloca el torero en la rectitud del toro y de frente a él, etc., etc.».

Bueno. Aparte de que no sea siempre conveniente colocarse en la rectitud del toro, porque citarle por el pitón contrario, cruzándose, puede ser en muchas ocasiones más eficaz y seguro, la orden de que se coloque de frente no quiere decir que haya de torear de frente, y como para que el toro pase frente al busto y las dos piernas del torero, rozándolo casi, hay que torear de costado, de costado — tres cuartos de perfil con respecto al lado por donde habrá de dar la salida — se coloca desde el cite todo el que sabe torear. No hay desde luego peligro ninguno en citar de frente y hasta pudiera parecer más airoso; pero como al llegar el toro a jurisdicción no hay más remedio que volverse de costado, esto es, de frente al viaje del toro, para que éste lo dé muy largo y hacia atrás, según le acompañen las manos del diestro que le da salida llevándolo toreado; como el moverse en el centro de la suerte, movimiento indispensable para corregir la posición del cuerpo en el cite, deslucen el lance y le quita quietud, todos los toreros del día citan un poco de costado teniendo desde la arrancada del bicho más cerca de él el hombro contrario al lado de la salida que van a dar. El que cite de frente y pretenda torear así, mandará al toro a un lado y no hacia atrás; dará medio lance sin que el toro pase, y al repetir habrá perdido terreno, y lo irá perdiendo cada vez más, hasta acabar con las espaldas en las tablas cuando no prendido en las astas del toro o dando volteretas en el aire. Todo esto por lo que atañe al lancear de capa o pasar de muleta, con la sola excepción, en lo que al trasteo se refiere, del cambio, con la muleta plegada o sin plegar, en el cual importa citar de frente y aguantar en la misma posición la acometida, para indicar la suerte por un lado y darla por el otro, que es lo que constituyó el cambio verdadero. Otra cosa sería un quiebro, que se hace también de frente y en la suerte de banderillas, en la cual no hay cambio jamás, como no hablemos de cambiar los terrenos.

Cuando el que trastea va al cite sin esperar la acometida, para tirar del toro, y se coloca de costado, al revés, alargando la muleta, o pretende tan sólo torear por delante, con medios pases, o tiene miedo y presenta sólo el pico del trapo para deshacer la reunión antes de tiempo y huir. Si no se trata de un toro quedado será inevitable que el bicho persiga al torero y así éste perderá terreno y resultará toreado.

En la brega, cuando se porfíe con un toro difícil y se pretenda llevarlo a otro sitio toreado a dos manos, la posición del diestro al empezar será de costado también, pero en sentido inverso al indispensable para lancear con quietud y desahogo. Será una posición parecida al que torea con el pico de la muleta. Porque el que lancea lo hace con los brazos, y el que brega lo hace sobre las piernas. Para llevarse a dos manos el toro de un sitio a otro, a dos manos o a una, hay que colocarse tres cuartos de perfil, o casi de costado completamente, teniendo más cerca el hombro contrario, no ya a la salida del toro, sino a la salida del torero, que da una y se toma la otra. Una y otra son las salidas respectivas del torero y del toro, porque en la brega hay dos salidas. El que lancea, despide al toro y se queda él; en cambio quien brega tiene dos cuidados: despedir al toro e irse, para que el toro se revuelva y lo persiga. Para irse no puede mover, para dar el primer paso, sino la pierna que esté más lejos del toro, la que no tiene adelantada, y de esa necesidad imprescindible depende la colocación. Sólo en un caso deberá el peón colocarse de frente con el capote cogido con las dos manos: cuando quiera bregar por delante, tirando del



Un muletazo por bajo con la derecha



Un lance de capa en su iniciación. El toro acomete, y el torero, de modo suave, "tira de él"

toro hacia atrás y en línea recta, enseñándole a embestir, corrigiéndole la tendencia a ceñirse y puntear por uno u otro lado. Al bregar de tal manera ni da salida ni se la toma: retrocede mientras el toro acude, evitando que le enganche el trapo, y el lance acabará cuando acabe la embestida. En tales circunstancias, si el toro tuerce el viaje, puntea, busca por debajo del capote o por encima de él, el torero no debe quitar el trapo de la cara del animal, sino quitarse él, atendiendo a que el capote es precisamente como una barrera — de trapo, pero barrera, y al fin defensa — entre él y su enemigo. Así, en último trance, cuando no tenga más remedio,

dejará el capote, después de los esfuerzos que había hecho para que el toro no enganchase, en las astas de la fiera, y habrá perdido el capote; pero habrá salvado la pelleja.

Sólo para banderillar con elegancia y aseo se cita de frente; pero no siempre cuando hay que ganarle al toro la cara casi al hilo de las tablas por los terrenos de adentro, o saliéndose de éstos por las afueras.

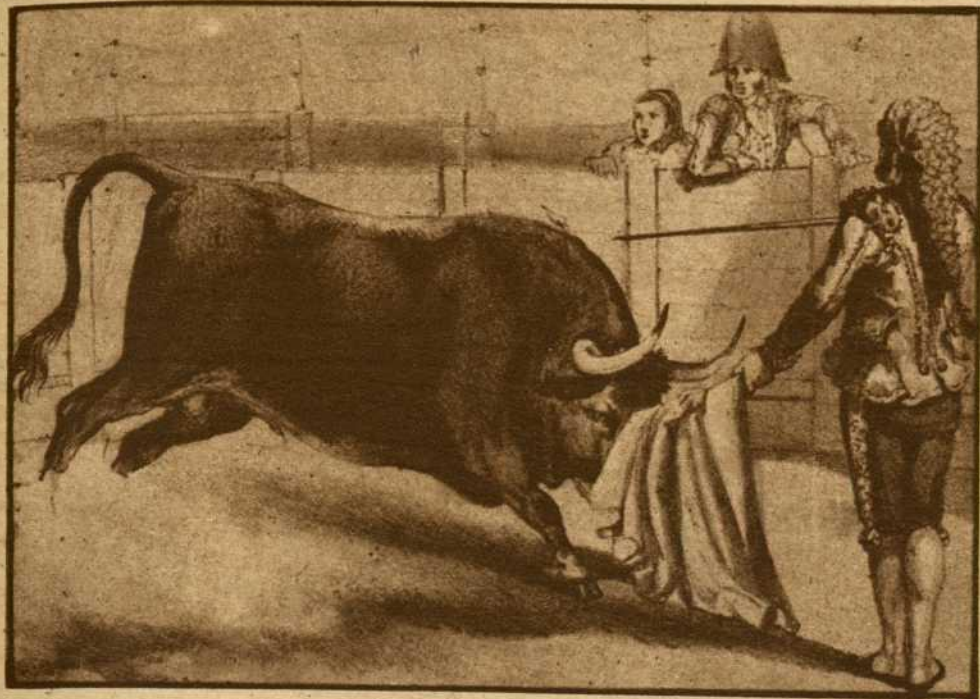
En cambio, en la suerte de matar, aunque se cita de costado, al meter el brazo hay que volverse de frente y dar el pecho. Porque si se da el hombro izquierdo, el brazo derecho no pasará y no podrá clavar nunca más de un tercio de estoque. Esto, aunque otra cosa opongamos, que no será oponerse razones, los que nunca mataron ni un becerro, y leyeron de toros sin enterarse, y opinan o con una risa imbécil o con la porfía obstinada y torpe, en contra de lo que primero enseñó la práctica — el toreo es una ciencia empírica — y consiguió la técnica después.

Alguien pudiera decirme, ya me lo han dicho, que estos artículos no acaban de entenderse. No lo dudo, porque a mí, que los escribo, me pasa tres cuartos de lo mismo. Pero... ¿qué le vamos a hacer!

NUESTRA CONTRAPORTADA

PEDRO ROMERO

Por BARICO



Pedro Romero en la suerte de recibir, según un dibujo de la época

PEDRO Romero nació en Ronda el 19 de noviembre de 1754. Fué hijo de Juan, nieto de Francisco y hermano de José, Antonio y Gaspar. La circunstancia de ser nieto e hijo de tan famosos lidiadores favoreció mucho el logro de sus aspiraciones, y aunque no tomó la alternativa en Madrid hasta el 22 de abril de 1776, se presentó en la Plaza de la capital de España con su padre y Costillares el 8 de mayo de 1775, sin alternar con los citados espadas. En 1777 actuó en Sevilla, alternando con matadores de toros.

Fué la primera figura de su tiempo; pero a pesar de ello, el público de Madrid le regateaba sus aplausos, y por esta causa estuvo sin torear en dicha Plaza desde el año 1780 al de 1786. En 1799, a causa de los disgustos que tuvo con su hermano José, según unos autores, y, según otros, debido a la preferencia que gran parte del público tenía por Pepe-Hillo, dejó de torear.

Ya retirado y cuando contaba setenta y seis años, enterado de que Fernando VII había fundado la Escuela de Tauromaquia de Sevilla y nombrado director de la misma a Jerónimo José Cándido, Romero se creyó con mejor derecho que Cándido; puso en juego sus influencias, elevó una solicitud al monarca y logró lo que se proponía, quedando Cándido de auxiliar del maestro de Ronda.

Cerrada la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, Pedro Romero continuó residiendo en dicha capital y falleció en Ronda el 10 de febrero de 1839, a los ochenta y cuatro años.

LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA DE SEVILLA

Si la fiesta más nacional no hubiera tenido en España enemigos que se habían juramentado para hacerla desaparecer, es más que probable que no se hubiera llegado a la fundación de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla.

Sabido es que Fernando VII, a su regreso de Valencey, prohibió las corridas de toros en España. Pero fueron tantas las gestiones que se hicieron cerca del monarca, que éste decidió autorizarlas de nuevo. Fué entonces cuando los enemigos de las corridas de toros — algunos muy influyentes — pretendieron persuadir a Fernando VII de que la lidia de reses bravas no traían más que accidentes desgraciados a los toreros y sólo servían para que el público de las diferentes capitales se embruteciera en aquella bárbara diversión. Como el monarca había to-

mado una determinación y luego había vuelto de su acuerdo, decidió no obrar nuevamente de ligero, y para ello quiso asesorarse debidamente. Convocó a una reunión a impugnadores y defensores de la fiesta, y oída la opinión del conde de la Estrella, quien, partiendo del principio de que «si la tauromaquia es un arte más que un ejercicio, la enseñanza es más preservadora que el hábito», defendió la creación de una Escuela en la que los futuros lidiadores aprendiesen a librarse de riesgos, en aquellos tiempos reales y más que corrientes. Creyó Fernando VII que con la propuesta del conde de la Estrella daba satisfacción a los amantes de la fiesta y a quienes eran enemigos de la misma, basándose en los muchos peligros que corrían los toreros, y la aceptó. En 28 de mayo de 1830, por Real orden del Ministerio de Hacienda al asistente Arjona, se dispuso la creación de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla en la Casa-Matadero.

Ya hemos dicho que fué designado como director Jerónimo José Cándido, retirado ya por sus achaques y a la sazón visitador de salinas en el distrito de Sanlúcar de Barrameda, y cómo Pedro Romero logró que el nombramiento fuera hecho a su nombre. Romero fué el director con sueldo anual de doce mil reales; Cándido, el ayudante, con ocho mil, y cada uno de los diez discípulos numerarios percibían la modesta retribución de dos mil reales.

No duró mucho tiempo la Escuela Taurina, y la verdad es que fué de poca utilidad.



Pedro Romero en un cuadro de Francisco Goya

SOLICITUD DIRIGIDA POR ROMERO A FERNANDO VII

Nombrado para dirigir la Escuela de Tauromaquia Jerónimo José Cándido —cuñado de Romero—, y para el cargo de segundo Antonio Ruiz (El Sombrerero), Pedro Romero dirigió a Fernando VII la siguiente solicitud, que dió el fruto apetecido por el maestro de Ronda:

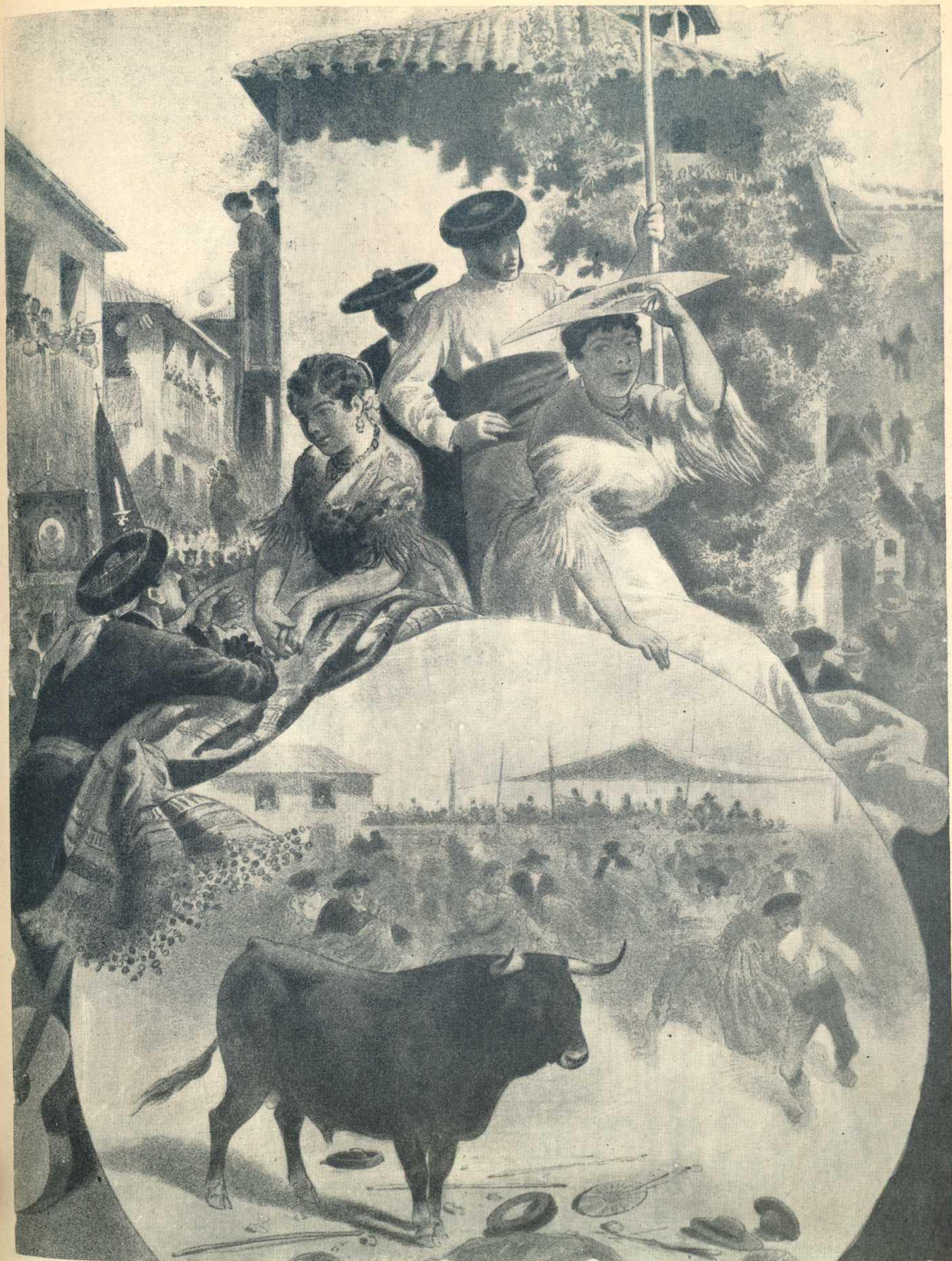
«Señor: Pedro Romero, a los R. P. de V. M., con el debido respeto expone: Que teniendo noticia de que va a establecerse una Escuela de Tauromaquia en Sevilla, recurre a la Soberana bondad, haciendo presente que todavía puede ser de alguna utilidad en la enseñanza de un arte en que, siendo únicos los españoles, debe ser tan conveniente dicho establecimiento. El que ha tenido el honor de que le mostrasen tan distinguida benevolencia el Augusto de V. M. y V. M. misma, que con tanta consideración le ha mirado siempre, debe confiar en que en su vejez no se desatenderá su súplica de ser nombrado maestro de ella. Reducido a una escasa pensión de nueve reales diarios, porque las vicisitudes de los tiempos le han privado del fruto de decentes ahorros, necesita, Señor, mayores auxilios. Sin ajar la modestia que siempre le ha distinguido, puede crear en la memoria de lo que ha trabajado en su ejercicio, la aceptación que mereció constantemente y la opinión que supo granjearse, no permitirán se extrañe su nombramiento, si V. M. se digna honrarlo con él. Son tantos los favores, tan distinguida la protección que ha debido a S. M., que confía en que recibirá esta prueba más de la Real bondad, y en los pocos días que le resten podrá vivir sin afanes y apuros que ahora tiene. De cualquier modo, su brazo no está aún tan debilitado que no pueda brindar un toro a la salud de V. M. y de la Reina, su Señora, al llegar el feliz acontecimiento que con tanto afán se aguarda. Todavía espera Pedro Romero tener el gusto de postrarse a L. P. de V. M. y antes que acaben sus días tener uno feliz presentándose a sus Soberanos y contemplando su Rl. semblante. Por lo tanto, y creyendo la Escuela de Tauromaquia no recibirá deshonra estando él a su frente, suplica a V. M. se digne nombrarle maestro de ella; gracia que espera recibir de la Real bondad. El Cielo gue. la vida de V. M. ms. as. Ronda, 6 de junio de 1830. Señor: A. L. R. P. de V. M., Pedro Romero.»

El resumen de la actuación de Pedro Romero lo hace él mismo en una carta: «En el espacio de veintiocho años, desde el 71 hasta el 99, me parece se pueden arreglar que habré matado doscientos toros por año, que a mi suma hacen 5.600 toros».

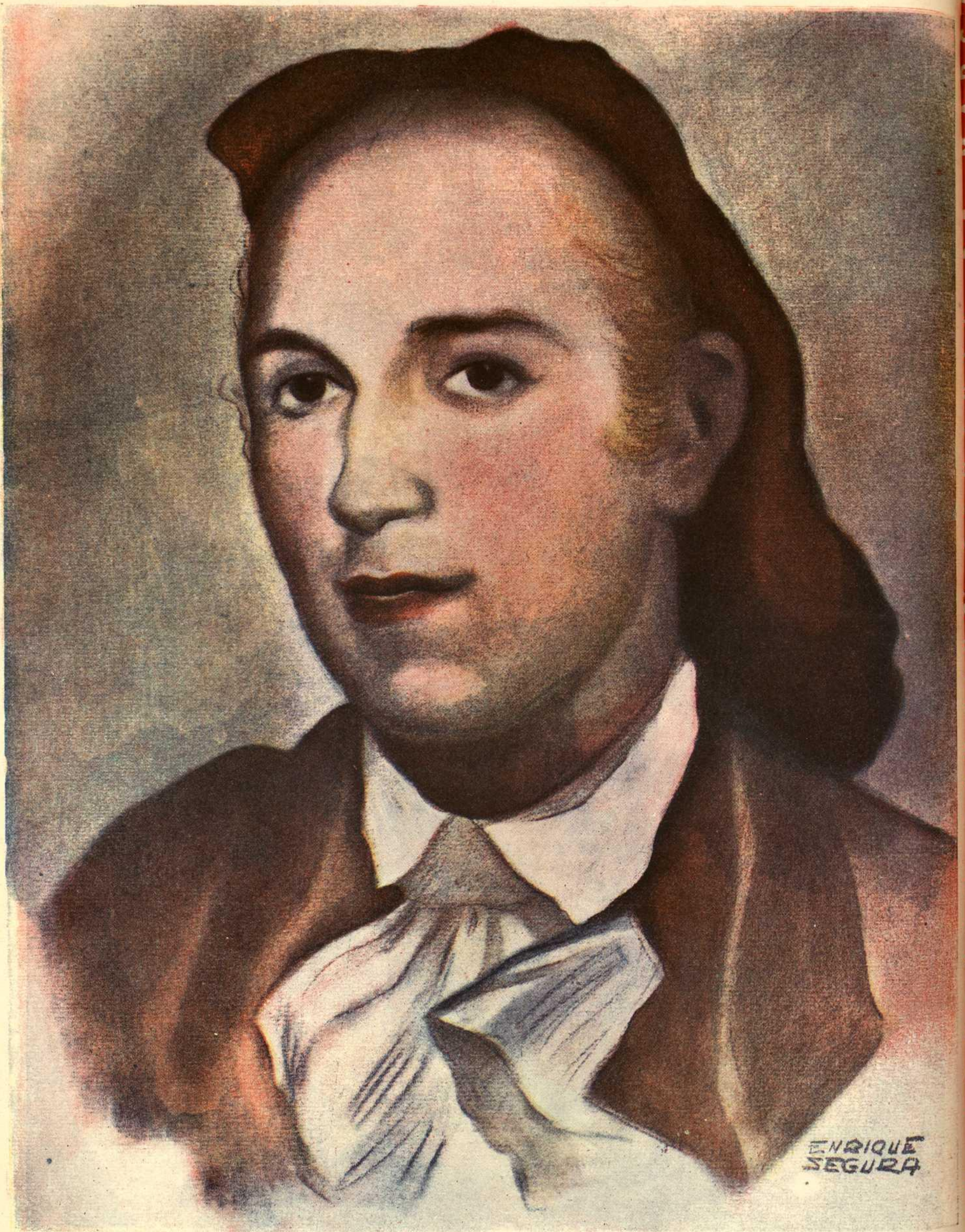
LA "ESTOCÁ" DE LA TARDE

Por ANTONIO CASERO





La fiesta del pueblo
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Pedro Romero

oldauq lsb niasñ a.l.
1907 15-1-1911